

CAPÍTULO VI

Valencey

I

EL lector nos permitirá que retrocedamos dos meses atrás, esto es, hasta mediados de noviembre de 1813, cuando los anglo-hispano-lusitanos se encontraban atrincherados en la línea del Nive aguardando ocasión de irse internando hasta el corazón de Francia.

Napoleón, acosado por todas partes, perdidos los ejércitos que había conducido á Alemania y sin esperanzas de poder arrancar otros á la docilidad de los Cuerpos Colegisladores, pensó en aprovechar los cien mil hombres que todavía le quedaban combatiendo con los españoles desde Bayona á Gerona. Soult y Suchet, aportando cada uno su contingente, podían presentarse á orillas del Loira ó dirigirse á Lyon, para impedir con Augereau la entrada de los austriacos de Bubna, que querían hacerlo por allí.

Para esto bastaba soltar al huésped de Valencey. Devuelto Fernando á sus amados súbditos, España adoptaba la neutralidad, Wellington se encontraba con la mitad de fuerzas, y, por lo tanto, veríase imposibilitado de dar un paso más.

Con esto conseguiría también introducir la cizaña entre los aliados, á quienes la repentina neutralidad de España haría titubear respecto á la confianza que podían abrigar mutuamente.

El plan era verdaderamente maquiavélico.

Necesitábase, empero, un hombre hábil y astuto para llevarlo á cabo.

Y convenía, sobre todo, que nada trasluciese la Regencia.

Napoleón encontró al hombre que buscaba.

Fijóse en M. Laforest, consejero de Estado y persona de toda confianza, y lo mandó á Valencey bajo el fingido nombre de M. Dubois.

II

Nada más triste que el Berry, provincia que con estar exactamente en el centro de Francia era entonces una de las más des pobladas y miserables.

Los bosques ocupaban casi toda la superficie del departamento del Indre, uno de los dos en que se halla actualmente dividida dicha región; á la derecha de dicho río el suelo está casi enteramente cubierto de estanques y pantanos que esparcen una humedad peligrosa, pero es más malsana aún la ribera izquierda ó *Brenne*, comprendida entre el Indre y la carretera de Limoges á Tours; todo aquel espacio está ocupado por inmensas masas de agua poco profundas ó *landas* cuyas exhalaciones son funestísimas.

En la época á que nos referimos, encontrábase, pasado el Brenne y remontando hasta Chateauroux,

un verdadero oasis de granito y de verdura, un laberinto en que todo era refugio y misterio. Por doquiera salían del suelo grandes bloques, que subían unos sobre otros como colosales cantos rodados, dejando entre sí profundos valles arenosos por los cuales serpenteaban mil corrientes de agua. La vegetación, por otra parte, era soberbia: todas las colinas estaban cubiertas por enormes castaños, mientras que las cañadas y regatas estaban cuajadas de espesos chaparros, perales silvestres, madreselvas, enebros grandes como árboles y acebos corpulentos, cuyas raíces se arrastraban á manera de monstruosas serpientes ó bien se lanzaban de una á otra parte de los senderos, formando verdaderos puentes sobre las arenas desmoronadas.

Podía caminarsé por allí horas enteras sin que nadie pudiese ver al pasajero, pues los bosques no formaban ni una sola calva, constituyendo un verdadero refugio para los que no querían ser capturados.

El año 13 el Berry se encontraba en más miserable estado que nunca: antes de la revolución había algún tráfico á causa de la explotación de las canteras de granito, de las cuales se sacaba la piedra para construir iglesias y castillos, pero no edificándose ya unos ni otras habíase paralizado aquel recurso.

Las selvas de aquel país fueron habitadas en tiempo inmemorial por los druidas y hoy mismo pueden verse muchos dólmenes en la espesura de aquellas masas de árboles.

Atravesando el oasis de bosques de que hemos hablado y acercándonos más á Chateauroux se encontraba una carretera, construída al través de viñas y de bosques, paralela al río. Venía luego una llanura baja, cubierta de prados inmensos, y el viajero veía en el centro una ciudad muy pequeña y un palacio muy grande: era Valencey.

III

Valencey era una mansión deliciosa. Esto se comprenderá mejor con decir que dicho castillo había sido edificado por Enrique IV para destinarlo á la bella duquesa de Etampes, de cuya familia fué propiedad hasta la época de la revolución. Entonces compró el *chateau* el príncipe de Talleyrand, que introdujo en él grandes mejoras. Sabido es que el repugnante tráfuga tenía un gusto delicadísimo.

Era por lo tanto Valencey una morada verdaderamente regia, con sus torrecillas puntiagudas que flanqueaban los cuatro ángulos del cuerpo central, su fachada risueña, de rojiza piedra, los adornos de los portales y ventanas, las caprichosas cresterías de las cornisas, las balaustradas de sus balcones y tejadillos y las alegres galerías de las fachadas laterales.

Rodeaban al palacio bellísimos jardines á estilo de Versalles, con hermosas fuentes y estanques adornados de estatuas mitológicas, frondosas alamedas, inmensas *pelouses*, caprichosos pabellones y glorietas y todo lo que se solía entonces *poner* en los jardines, llenos de artificio y de convencionalismo.

Desde las ventanas de Valencey divisábase un imponente panorama: por un lado los bosques druidicos del Berry con sus masas de árboles y sus canteras de granito, y por otro lado las Landas inmensas, cuajadas de junqueras y plantas acuáticas que formaban manchas verdosas sobre la superficie blanquecina de las lagunas.

IV

Era una tarde lluviosa y fría.

Sentado al amor de la lumbre encendida en la chimenea de un lujoso salón hallábase un joven vestido de negro, alto y robusto, de estrecha frente, ojos oscuros sombreados por espesas cejas, abultada nariz, bello grueso y salido y aceitunado color.

Estaba al parecer hondamente pensativo, fumando maquinalmente un enorme cigarro y moviendo con impaciencia una de las piernas.

El ayuda de cámara levantó un cortinaje de tapicería encarnada que cubría una puerta y anunció:

—El Sr. D. Juan de Amézaga.

El joven hizo un gesto de disgusto al oír tal nombre, contestando apenas al saludo que le dirigió el recién llegado.

Era éste un tipo completo de palaciego, dicho lo cual, queda hecha su descripción.

—¿Qué tenemos?—preguntó el joven caballero, mirando distraídamente el fuego del cigarro y quitando con el meñique la ceniza.

—Señor,—contestó el Sr. Amézaga,—noticias de la más alta importancia. Un M. Dubois pide ver á V. M. con la mayor urgencia.

—¿Dubois? ¿Y quién es Dubois?

—Un emisario de S. M. imperial.
—En este caso, que pase al momento,—repuso el joven, sin poder ocultar su alegría.

—Señor, es que exige que la audiencia que se digne concederle V. M. sea secreta.

—Muy bien que hace. Retírate en seguida, pues, y que entre M. Dubois.

D. Juan de Amézaga volvió á saludar, salió del salón, rabo entre piernas, y al cabo de un breve espacio de tiempo volvióse á oír la voz del ayuda de cámara que decía:

—El Sr. D. Renato Dubois.

V

El tal Dubois era una verdadera figura de diplomático; su rostro parecía una máscara de cera hecha para expresar la impasibilidad; era ya entrado en años, calvo, algo encorvado, grave y flaco; llevaba anteojos y vestía también de negro, luciendo hermosos diamantes en la chorrera.

El diplomático hizo un cortesano saludo y dijo:

—S. M. I. el emperador de los franceses y rey de Italia, se ha dignado entregarme esta carta para V. A.

El joven á quien Dubois había llamado *Vuestra Alteza* y Amézaga *Vuestra Majestad*, tomó la carta y leyó lo que sigue:

«Primo mío: Las circunstancias actuales en que se halla mi imperio y mi política me hacen desear acabar de una vez los negocios de España. La Inglaterra fomenta en ella la anarquía y el jacobinismo y procura aniquilar la monarquía y destruir la nobleza para establecer una república. No puedo menos de sentir en sumo grado la destrucción de una nación tan vecina á mis estados y en la que tengo tantos intereses marítimos y comunes.

»Deseo, pues, quitar á la influencia inglesa cualquier pretexto y restablecer los vínculos de amistad y de buenos vecinos que tanto tiempo han existido entre las dos naciones.

»Envío á V. A. R. al conde de Laforest, con un nombre fingido, y puede V. A. dar asenso á todo lo que diga. Deseo que V. A. esté persuadido de los sentimientos de amor y estimación que le profeso.

»No teniendo más fin esta carta, ruego á Dios guarde á V. A., primo mío, muchos años.—Saint-

Cloud, 12 de noviembre de 1813.—Vuestro primo:
NAPOLEÓN (1).»

D. Fernando no pudo disimular la alegría inmensa que le había producido la lectura de aquel papel, pero procuró dominar su emoción y aparentar cierto aire resignado.

—¿Puedo enterar á mi tío y á mi hermano de lo que me escribe S. M. I.?—preguntó al emisario.

—V. A. R. obrará muy bien en hacerlo así,—contestó Dubois,—y aun convendría estuviesen presentes en todas cuantas audiencias se digne concederme V. A. R. Verdad es que tengo orden también de que sean las únicas personas que puedan oír lo que entre V. A. R. y yo se diga.

—Voy á mandar avisar á los infantes,—dijo don Fernando.

El rey de España tocó una campanilla y acudió al momento D. Juan Amézaga.

—Pasa recado á los infantes de que aquí les aguardo para un importante negocio.

Amézaga saludó al rey y guiño el ojo á Laforest, saliendo al momento á cumplir lo ordenado.

VI

No le costó poco trabajo al palaciego arrancar al infante D. Antonio de una especie de taller de tornero donde se entretenía en hacer molinillos de chocolatera, trompos, bochas, cucharas y otras peregrinas obras de aquel oficio. En cambio, el infante D. Carlos María Isidro se negó á recibir á Amézaga, alegando que no podía interrumpir sus devociones. Precisos fueron cuatro ó cinco recados para hacer que compareciera. El pobre hombre estaba creído de que era preciso estar siempre rezando en aquel maldito antro infernal para separar de allí la cólera celeste, provocada por la biblioteca de M. de Talleyrand.

¡Ironía del destino! ¡Colocar á D. Carlos María Isidro de Borbón bajo el mismo techo que cobijaba la más atea, la más libertina, la más revolucionaria

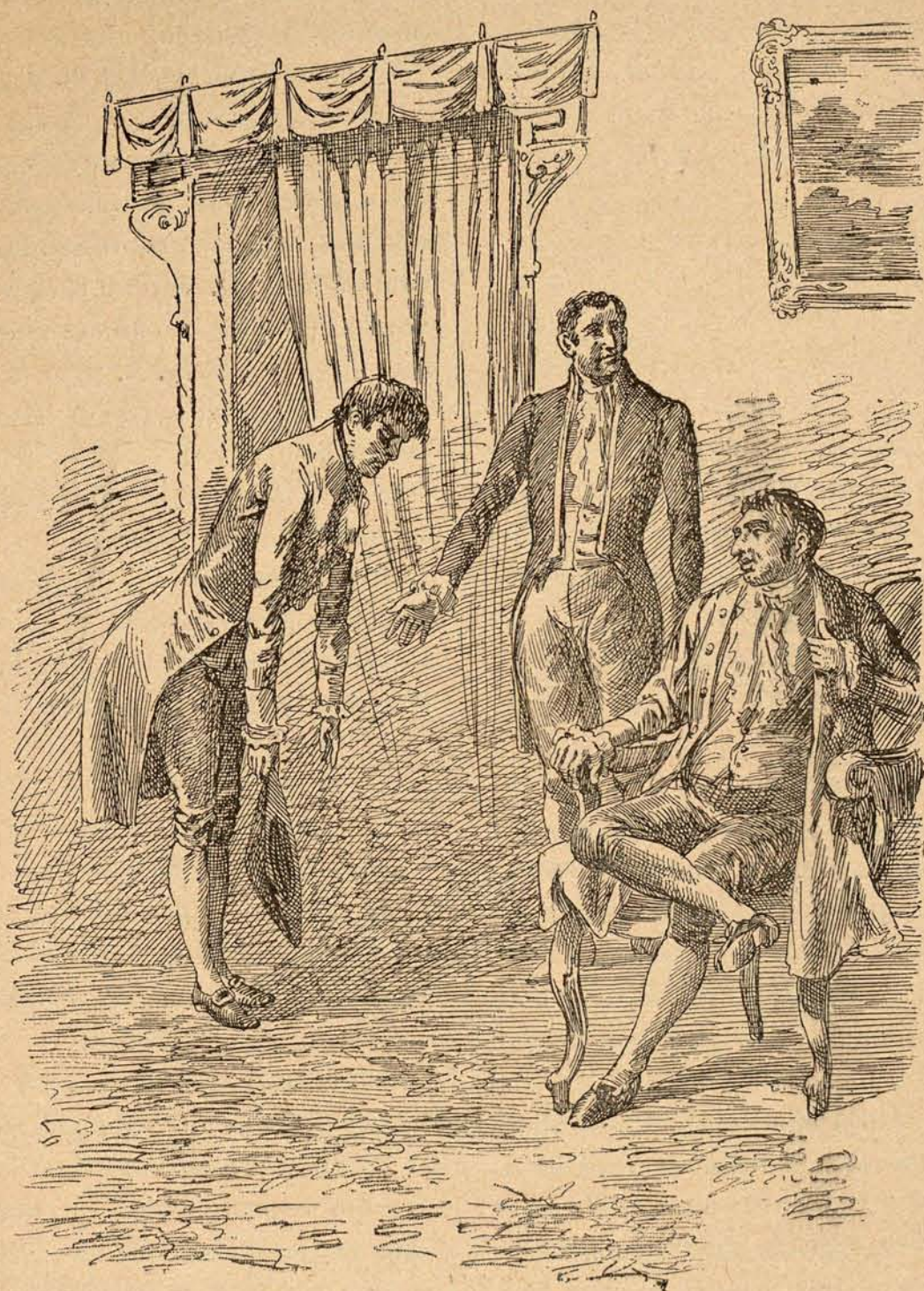
(1) Esta carta y alguna otra más que insertaremos son oficiales y están tomadas del libro de Escoiquiz titulado: *Idea sencilla de las razones que motivaron el viaje de el rey D. Fernando VII á Bayona.*—Madrid, 1814.—Imprenta Real.

Los discursos y diálogos están parafraseados siguiendo lo que dice la misma obra.

y la más endiablada librería que hubiese á la sazón en las cinco partes del mundo! Porque no hay que decir quién era Talleyrand, espíritu que se componía á un tiempo de todas las corrupciones del antiguo régimen, de todas las concupiscencias del napoleo-

nismo y de todas las malas pasiones revolucionarias.

Bueno será, antes de pasar más adelante, trazar un ligero retrato de los tres augustos huéspedes de Valencey y de varios de sus cortesanos, y al objeto de evitarnos molestias y errores, nos valdremos de



Amézaga saludó al rey y guiñó el ojo á Laforest...

las cartas de María Luisa, insertas en la *Historia* de Toreno, tomo I, pág. 438, *passim*.

VII

Decía la reina de España á su hija la de Etruria en 26 de marzo de 1808: «Desde el momento de la renuncia mi hijo trató á su padre con todo el desprecio que puede tratarlo un rey sin consideración

alguna para con sus padres. Él nos da priesa para que salgamos de aquí señalándonos la ciudad de Badajoz para residencia. Entretanto, nos deja sin consideración alguna, manifestando gran contento de ser ya rey y de que nosotros nos alejemos de aquí.

.....
»Mi hijo ha hecho esta conspiración para destruir al rey su padre... Pero mi hijo (que no tiene carácter alguno y mucho menos el de la sinceridad)

jamás ha querido servirse de él (*Godoy*) y siempre le ha declarado la guerra, como al rey su padre y á mí.

»Su ambición es grande y mira á sus padres como si no lo fuesen. ¿Qué hará para los demás?»

En 27 de marzo escribía María Luisa á Murat:

«Mi hijo no sabe nada de lo que tratamos y conviene que ignore todos nuestros pasos. Su carácter es falso, nada le afecta, es insensible y no inclinado á la clemencia. Está dirigido por hombres malos y hará todo por la ambición que le domina: promete, pero no siempre cumple sus promesas.

»El embajador es todo de mi hijo, lo cual me hace temblar, porque mi hijo no quiere al gran duque (*Murat*) ni al emperador, sino sólo al despotismo. El gran duque debe estar persuadido que no digo esto por venganza ni resentimiento de los malos tratos que nos hace sufrir...»

Lo que sigue está tomado de una nota de la reina, también para Murat:

«...Mi hijo estuvo ayer, después de comer, con Infantado, con Escoiquiz, que es un clérigo maligno, y con San Carlos, que es peor que todos ellos, y esto nos hace temblar, porque duró la conferencia secreta desde la una y media hasta las tres y media. El gentilhomme que va con mi hijo Carlos es primo de San Carlos; tiene talento y bastante instrucción, pero es un americano maligno y muy enemigo nuestro, como su primo San Carlos, sin embargo de que todo lo que son lo han recibido del rey, mi marido, á instancias del pobre príncipe de la paz, de quien ellos decían ser parientes.»

De otra nota al mismo:

«...A todos los que nos siguen aplican el título de desertores. Yo recelo que traman alguna grande intriga contra nosotros y que estamos en grande riesgo, porque Infantado y los otros son tan malos y peores que los demás. Es necesario que (*Murat* y *Napoleón*) tomen algunas medidas para contener las abominables intenciones de estos malignos y para que mi hijo se canse de dedicarse á pensar todo lo que sea contra su padre y contra el príncipe de la Paz. El clérigo Escoiquiz es también de los más malos.»

Los siguientes párrafos están tomados de otra nota de la reina á Murat, remitida por medio de la reina de Etruria en 1.º de abril de 1808:

«.»

»Mi hijo tiene muy mal corazón, su carácter es cruel; jamás ha tenido amor á su padre ni á mí; sus consejeros son sanguinarios; no se complacen sino en hacer desdichados, sin exceptuar al padre ni á la madre. Quieren hacernos todo el mal posible...»

Hablando del infante D. Carlos, dice en otra carta: «Mi hijo tiene veinte años, sin experiencia ni conocimiento del mundo; los que le acompañan, y todos los demás, le habrán dado instrucciones á su gusto.»

Cuatro palabras sobre el infante D. Antonio: «Mi hijo ha dado todas sus facultades al infante D. Antonio, su tío, el cual tiene muy poco talento y luces; pero es cruel é inclinado á cuanto puede ser pesadumbre del rey mi marido y mía y del príncipe de la Paz y de mi hija Luisa.»

VIII

Toda esta correspondencia se hallaba inserta en el *Monitor* del 5 de Febrero de 1810 y no es posible pasar los ojos sobre ella sin sentirse encendido el rostro de vergüenza al ver el papel indigno que ante Napoleón estaba representando aquella corte. Las cartas que le escribían todos y cada uno al emperador eran para tentar á cualquiera á hacer lo que hizo el ogro de Córcega. ¡A qué estado había llegado la familia real de España!

Todos á porfía rivalizaban en adular á Bonaparte. En 1807 el príncipe Fernando le pedía en los más humildes términos se dignase tomarlo bajo su protección y le concediese la mano de una princesa imperial. Después del motín de Aranjuez, preparado por el infame Caballero y el conde de Montijo, los reyes Carlos IV, María Luisa y la de Etruria se convierten en pobres importunos de Murat, del cual lo esperan todo y al cual tratan con una veneración que descorazona. ¡Qué intrigas! ¡Qué cabezas las de todos aquellos príncipes y magnates!

¡Ni en tiempo de Carlos II llegó más bajo del nivel moral de la monarquía!

Pero la conducta verdaderamente deplorable era la de Fernando, guiado siempre por los consejos del estúpido Escoiquiz. Era preciso estar poseído de una verdadera ceguedad para dejarse embaucar hasta el extremo de ir á entregarse en Bayona; pero Fernando no quería un trono cimentado en el amor de los españoles, sino afianzado en la protección de Bonaparte.

Aquel viaje á Bayona es, sí, un hecho verdaderamente inexplicable. A la primera carta en que Fernando le pedía al emperador su protección y la mano de una princesa de su familia, vino, añadirse otra que escribió en Vitoria, esto es, ya casi en la raya de Francia. Habíase quedado en que Napoleón iría á Madrid á reconocer por rey á Fernando; luego se dijo que se verían en Burgos, y allí se acordó que en lugar de venir Napoleón á España iría Fernando á Bayona. Pues bien: detenido en Vitoria, dudoso entre si daría ó no el último paso, escribió, repetimos, una nueva carta á Bonaparte, tratando de averiguar cuáles eran sus intenciones. Pues bien: Napoleón le contestó con otra, de la cual entresacamos los siguientes párrafos: «No sería conforme al interés de la España que se persiguiese á un príncipe (*Godoy*) que se ha casado con una princesa de la familia real y que tanto tiempo ha gobernado el reino. Esta causa fomentaría el odio y las pasiones sediciosas; el resultado sería funesto para vuestra corona. Vuestra A. R. no tiene á ella otros derechos sino los que su madre le ha transmitido: si la causa mancha su honor, V. A. destruye sus derechos.»

¿Cómo Fernando tuvo valor para continuar su camino después de leer el párrafo de que *no tenía otros derechos al trono que los que le había transmitido su madre?* «Frase altamente afrentosa al honor de la reina,—dice Toreno,—y no menos indecorosa al que la escribía que ofensiva á aquel á quien iba dirigida.» Y á todo esto sin contener la carta de Napoleón una sola frase que le comprometiese á nada.

Fernando VII, empero, metióse en Francia. Ocurrieron luego entre él, los reyes padres y Napoleón los escándalos del palacio de Marrac, cerca de Bayona, y acabó todo aquello por ser destinado á Valencey á esperar el desenlace de los acontecimientos.

Pero ahora recordamos haber dejado á D. Carlos rezando el rosario, y bueno será que volvamos á él.

IX

Por fin se le pudo convencer, pues, al buen infante, de que su presencia era indispensable en la real cámara, y acabando de mascullar varios padrenuestros dirigióse allí precedido del asqueroso Amézaga, que quedó en la antesala mohino y cabizbajo, si bien con ánimo de otear lo que allí ocurriese y ver de pescar algo de lo que se tratase.

D. Fernando hizo leer á los infantes la imperial misiva, quedando ambos como asustados de su contenido, irresolutos sobre lo que habían de pensar de tan inesperada salida.

M. Laforest, ó M. Dubois, según se quiera, quiso aprovechar aquel aturullamiento, y espetó el siguiente discurso, de cuya exactitud se encarga de responder D. Juan de Escoiquiz, que lo trascribe en su libro tal como lo copiamos aquí.

Sentáronse Fernando, su tío, su hermano, y el conde de Laforest, de pie, les habló de esta manera:

—El emperador, que ha querido que me presente bajo un nombre supuesto para que esta negociación sea secreta, me ha enviado para decir á V. A. R. que, queriendo componer las desavenencias que había entre padres é hijos, hizo cuanto pudo en Bayona para efectuarlo, pero que los ingleses lo han destruído todo introduciendo la anarquía y el jacobinismo en España, cuyo suelo está talado y asolado, la religión destruída, el clero perdido, la nobleza abatida, la marina sin otra existencia que el nombre, las colonias de América desmembradas y en insurrección, y, en fin, todo en ella arruinado. Aquellos isleños no quieren otra cosa que erigir la monarquía en república, y, sin embargo, para engañar al pueblo, en todos los actos públicos ponen á V. A. R. á la cabeza. Yo bien sé, señor, que V. A. R. no ha tenido la menor parte en todo lo que ha pasado en este tiempo; pero, no obstante, se valen para todo del nombre de V. A. R., pues no se oye de su boca más que Fernando VII.

El francés hablaba con una suficiencia solemne, que producía en sus oyentes una verdadera admiración por las cualidades oratorias de M. de Laforest.

—Esto no impide que reine allí una verdadera anarquía,—continuó diciendo el diplomático;—pues al mismo tiempo que tienen las Cortes en Cádiz y aparentan querer un rey, *sus deseos no son otros que el establecer una república*. Este desorden ha conmovido al emperador, que me ha encargado haga presente á V. A. R. este funesto estado, á fin de que se sirva decirme los medios que le parezcan oportunos, ya para conciliar el interés respectivo de ambas naciones, ya para que vuelva *la tranquilidad á un reino* acreedor á que le posea una persona del carácter y dignidad de V. A. R. Considerando, pues, Su Majestad Imperial mi larga experiencia en los negocios, pues hace más de cuarenta años que sigo la carrera

diplomática y he estado en todas las cortes, me ha honrado con esta comisión, que espero desempeñar á satisfacción del emperador y de Vuestra Alteza Real, deseando que se trate con el mayor secreto, porque si los ingleses llegasen por casualidad á saberla, no pararían hasta encontrar medios de impedir la.

Aquí concluyó su arenga el digno negociador, al cual había escuchado D. Fernando, con inequívocas señales de viva satisfacción. Sin embargo, contestó:

—Señor Dubois, un asunto tan serio como el de que me habéis hablado y que tan de sorpresa me ha cogido, exige mucha reflexión y tiempo para ser debidamente contestado; por lo cual, cuando llegue el caso ya cuidaré de que se os avise.

Insistió Laforest en que la contestación se la diese acto continuo, pues urgía por momentos; pero Fernando se mantuvo en su reserva.

Las prisas de Laforest se comprenden perfectamente: invadían á Francia cinco ejércitos, por el norte, el este y el mediodía á la vez, y era conveniente disminuir en lo posible el contingente de los que ocupaban ya el mediodía. Con 40,000 españoles de menos y 100,000 franceses de más, ocupados entonces en la guerra de España, podía aún restablecer el equilibrio.

Al día siguiente pidió nueva audiencia M. de Laforest, que no vivía sino para acabar cuanto antes de dar feliz cima y remate á su peliaguda empresa.

X

En lugar de hacer presión á Fernando con lo de la república, mentira disparatadísima, pues jamás podía esperarse semejante cosa de los *torys*, entonces dueños del poder, el bueno de Laforest utilizó el recurso de la unión ibérica bajo el cetro de los Braganzas.

Fernando se excusó de nuevo de dar ninguna respuesta afirmativa alegando que le era preciso entenderse con la Regencia. Cruzáronse luego algunas cartas entre el cautivo príncipe y Napoleón, hasta que por fin dispuso éste que se trasladara á Valencey el duque de San Carlos, que hasta entonces había estado confinado en el pueblo de Lons le-Saulnier.

Celebráronse de nuevo conferencias entre el rey, los infantes, Laforest y San Carlos, y autorizados

estos últimos por sus respectivos soberanos, firmaron un tratado, si bien no debía considerarse como perfectamente concluido y ratificado hasta encontrarse el rey Fernando en Madrid, restituído á su trono.

Este tratado, estipulado el día 8 de diciembre de 1813, abrazaba entre otros extremos los siguientes:

Napoleón reconocía la soberanía de Fernando y la integridad del territorio; obligábase á evacuar en seguida las plazas que ocupaba todavía, pero en cambio Fernando debía obligar á hacer lo mismo á los ingleses. Los comprometidos por José serían reintegrados en el pleno goce de sus derechos, honores y prerrogativas; obligación por parte de Fernando de señalar una pensión á sus padres, residentes entonces en Marsella, por no probarles el clima de Compiègne, etc., etc.

XI

Quedó encargado San Carlos de llevar este tratado á España para que lo ratificase la regencia.

Antes de partir fué llamado aquel antipático personaje á presencia del rey. Fernando lo llevó á una ventana y en voz baja le habló así:

—Si, como sospecho, lo mismo la Regencia que las Cortes son inclinadas al jacobinismo, nada has de decir, sino contentarte con insistir buenamente en la ratificación. A ti te revelaré, sin embargo, que luego que yo me vea libre, decidiré si es conveniente continuar ó no la guerra, según lo requiera el interés de mis reinos. Empero, nada de esto les hables á los regentes, pues temo de su infidelidad que diesen noticia de mis intenciones al gobierno francés, y entonces todo se echaría á perder. Si, por el contrario, conoces que los regentes y los diputados no tienen compromisos con los jacobinos, diles que ratifiquen temporalmente el tratado y que hagan entender á los ingleses que estoy resuelto á declararlo forzado y nulo cuando vuelva á España.

—Perfectamente entendido, señor.

—Confío en tu adhesión, San Carlos. Y, á propósito, no conviene que hagas el viaje con este nombre. Llámate... ¿Cómo dijo se llamaba Laforest?

—Dubois, señor.

—¿Dubois? En este caso, llámate tú Ducos. Que nadie trasluzca nada, sobre todo. ¡Buena la haríamos si los ingleses llegasen á oler algo!

—Nadie podrá adivinar quién soy, señor.

—Mucha cautela, M. Ducos.

—Señor, bien sabéis cuánto es mi celo en servir á V. M.

Fernando miró partir á San Carlos y murmuró:

—A otra.

XII

Es el caso, rarísimo é inexplicable, que mientras, al parecer, Fernando VII abrigaba la intención de declararse desligado del tratado así que estuviese de vuelta en España, andaban por aquí unos comisionados franceses *con encargo de introducir desconfianza respecto de los ingleses y trabajar ahincadamente para que éstos saliesen de España.*

Dirigía á los tales intrigantes cierto M. Tassin, *sujeto inquieto, muy entremetido y de secretos amañados*, dice Toreno. Eran los principales emisarios un tal M. Duclerc y un M. Magdeleine, *hombre muy gordo y de aparente buen natural.*

Duclerc procuró entenderse con Mina y M. Magdeleine con un bilbaíno llamado Echevarría; pero, descubierta la trama, fueron ambos presos por orden de la Regencia. «Trataba la Regencia de que se castigase ejemplarmente á semejantes enredadores, —dice el citado autor,— cuando tuvo que detenerse, sabedora de que entre los documentos había algunos que aparecían firmados de puño y letra de persona muy elevada y augusta. Suspendiéronse, de resultas, las diligencias judiciales y procuróse dar treguas al asunto y aun echarle á tierra. No faltó

quien entonces pensase, y fundadamente, que todo ello había sido pura fragua y falsificación de don Juan Amézaga, hombre mal reputado é instrumento secreto del gobierno francés, pero mudaron de dictamen ó quedaron perplejos al averiguar que los arrestados recobraron su libertad al tornar Fernando á España y que recibieron en 1815 una suma considerable (*doscientos mil y pico de francos*) á trueque de que entregasen papeles, al parecer importantes, que todavía conservaban en su poder y con cuya publicación amenazaban al rey Fernando soberbia y desacatadamente.»

Por manera que mientras el duque de San Carlos trataba de hacerles una jugarreta á los franceses, Duclerc y Magdeleine intentaban hacer lo mismo con los ingleses. —*Misterios!* se dirá, pero no tanto como parece si se atiende á que de nuevo rodeaba á Fernando la camarilla estúpida, imbécil y malvada de 1808, estando allí por orden de Napoleón, el necio é hipócrita Escoiquiz, el bestial San Carlos, Macanaz, Labrador, etc., todos los cuales conservaban todavía una ciega admiración á Bonaparte. Todos, de fijo, en su fuero interno, estaban prontos á unirse á Napoleón contra los ingleses: hasta tal punto eran miopes, menguados y torpes aquellos grandes estadistas del absolutismo.

También había dispuesto Napoleón que pasaran á residir en Valencey el ilustre Palafox y el general D. José de Zayas, que hasta entonces habían permanecido estrechamente encerrados en la fortaleza de Vincennes.



CAPÍTULO VII

En Madrid

I

UN repique general de campanas, salvas de artillería y músicas, que daban sus ecos al viento tocando patrióticos himnos, despertaron al leal vecindario de Madrid el día 5 de enero de 1814.

Era que entraba en la capital la Regencia del Reino, juntamente con los diputados á Cortes, aunque éstos no venían formando cuerpo.

Sin reparar en el aguacero torrencial que caía ni en el frío extremadísimo que se dejaba sentir, el pueblo entero corría hacia el puente de Toledo, por donde habían de hacer su entrada los tres ilustres próceres que estaban al frente de los destinos de España.

Los curiosos que estaban en buen sitio pudieron ver en el interior de una de las carrozas de palacio á tres señores muy diferentes en su aire, fisonomía y traje, pero que revelaban ser los regentes por ocupar su carroza el lugar en que solía figurar la del monarca cuando salía la corte con todo el ceremonial de las grandes ocasiones.

De aquellos tres hombres el que ocupaba el testero era el cardenal D. Luis de Borbón, bajito, esmirriado, tímido, vestido de púrpura y cubierto de bandas, y los dos que ocupaban el sitio opuesto eran D. Pedro Agar, general de tierra, bajo, risueño y algo obeso, y D. Gabriel Ciscar, general de

marina, sabio profundo, de alta estatura y avinagrado gesto.

La comitiva, compuesta de todas las comisiones oficiales de la corte, como juntas, academias, tribunales, etc., detúvose al fin en la plaza de Palacio, en cuyo edificio se alojaron los regentes.

II

Habían acabado apenas éstos de instalarse y el pueblo de Madrid sentíase más confiado que nunca y más esperanzado de lo que lo había estado jamás desde que comenzó la guerra, cuando empezó á correr la voz de que había llegado á Madrid el duque de San Carlos, procedente de Valencey.

Era generalmente aborrecido el tal duque de toda clase de personas; había sido ayo de Fernando y figurado mucho en el célebre é inolvidable proceso del Escorial, por cuyo motivo había sido desterrado de la corte. La reina María Luisa decía de él que era el más falso de todos los amigos de su hijo, y razón tenía al expresarse así, pues conocía bien al tal San Carlos, antiguo adulator de Godoy, hasta el punto de forjar un árbol genealógico que demostrase su entronque y parentesco con el poderoso extremeño, por más que el fuese americano.

Otro motivo que tenían los madrileños y los españoles en general para desconfiar de la rectitud y del talento de San Carlos era haber sido uno de los que indujeron á Fernando VII á ir á meterse en la boca del lobo, cuando el incalificable viaje á Bayona. No es de extrañar, por lo tanto, que la noticia de la llegada de aquel palaciego produjese en la capital un efecto desastroso, tomándole por su cuenta los periódicos, los ciegos, los autores de tonadillas y la gente maleante, todos los cuales le acribillaban con punzantes y ofensivas alusiones y le llenaban de injurias más ó menos ingeniosas.

La Regencia trató á San Carlos con el mayor desdén, cosa que ya temían en Valencey, por lo cual, y sin esperar su regreso, mandó D. Fernando á Madrid al héroe de Zaragoza, D. José de Palafox, con iguales documentos é instrucciones, si bien encargándole de palabra diera muchas expresiones al embajador inglés.

Por fin, el día 8, y antes de que llegase Palafox, fué recibido San Carlos, á quien le pareció que, como sospechaba ya su augusto discípulo, estaba la Regencia inficionada por el *espíritu jacobino* (¡jacobinos el cardenalito de la Escala, Ciscar y Agar!) y en su consecuencia nada habló de los ulteriores propósitos de Fernando, caso de poder verse de nuevo en el trono.

—La respuesta de la Regencia es muy sencilla y muy clara,—contestó D. Pedro Agar al duque de San Carlos,—y la tiene trazada por el decreto dado por las Cortes extraordinarias en 1.º de enero de 1811 y aprobado por unanimidad en la votación.

—¿Qué decreto es ese?—repuso el palaciego.

—El decreto es este: «Las Cortes no reconocerán, antes bien tendrán por nulo y de ningún valor ni efecto, todo acto, tratado, comercio ó transacción de cualquier clase ó naturaleza... otorgados por el rey mientras permaneciese en el estado de opresión y falta de libertad en que se halla, pues jamás le considerará libre la nación ni le prestará obediencia hasta verle entre sus fieles súbditos en el seno del Congreso nacional, ó del gobierno formado por las Cortes.»

El pobre emisario parecía no entender aquellas enormidades: jamás hubiera podido creer que el jacobinismo llegara á expresarse con tamaña audacia.

Este decreto, juntamente con una carta muy dig-

na y muy enérgica en que no se hablaba una sola palabra relativamente al tratado, fué la respuesta que se llevó San Carlos á Valencey, saliendo de Madrid despechadísimo por los desaires recibidos y por las coplas picarescas de que le habían llenado los oídos.

Tampoco se fué muy satisfecho Palafox. La carta que llevaba éste contenía este párrafo importantísimo: *A V. M. se debe el restablecimiento, desde su cautiverio, de las Cortes, haciendo libre á su pueblo y ahuyentando del trono de la España el monstruo feroz del despotismo.* «Aludía esta indicación,—dice Toreno,—al decreto que diera el rey en 1808, muy á las calladas, en Bayona, para convocar las Cortes, trayéndole sin duda á la memoria la Regencia por recelarse ya del rumbo que querían algunos siguiera S. M. al volver á España.»

III

La gravedad del asunto hizo que la Regencia diera cuenta del mismo á las Cortes.

Reuníanse éstas entonces en el destartado teatro de los Caños del Peral, mientras acababa de habilitarse el antiguo convento de D.^a María de Aragón.

Presidía el diputado por Salamanca D. Jerónimo Díez. La legislatura se había abierto el 15 de enero.

La composición de aquella asamblea era algo extraña. Las Cortes extraordinarias habíanse disuelto el año anterior el día 20 de septiembre, coincidiendo la terminación de las mismas con la aparición de la fiebre amarilla en Cádiz, de la cual enfermaron más de sesenta diputados, muriendo veinte.

El día 26 de aquel mismo mes constituyéronse ya las nuevas Cortes ordinarias; pero como muchos diputados no se atrevían á ponerse en camino para Cádiz por hacer allí estragos *el vómito* y otros debían ir de larguísimas distancias, acordóse que los diputados de las extraordinarias hiciesen las veces de suplentes, para que ninguna provincia dejase de tener representación.

Esto era tanto más conveniente en cuanto á las elecciones recién verificadas habían sido muy favorables á los anti-reformadores, que de no encontrarse con los suplentes hubieran formado quizás una mayoría altamente desfavorable á todo lo que trascendiese á progreso y decoro nacional.

Triste es decirlo, pero los electores dieron sus votos en gran parte á gentes desafectas á la obra inmortal llevada á cabo por los ilustres hombres del año 1812. He aquí en qué términos explica el conde de Toreno las causas de semejante proceder por parte del cuerpo electoral, como decimos hoy: «Coadyuvaron á esto los que se creían ofendidos en sus personas y cercenados en sus intereses por las alteraciones y nuevos arreglos y que auguraban mayores daños en un porvenir no lejano. Estaban en ese caso algunos individuos de la nobleza, si bien los menos; bastantes magistrados, muchos cabildos eclesiásticos y casi todo el clero regular, los que juntos ó separados influyeron sobradamente y cada uno á su manera en las elecciones, ayudados de una turbamulta de curiales y dependientes de justicia que vivían de abusos, siendo éstos y los religiosos mendicantes los más bulliciosos é inquietos de todos, como herrumbre la más pegadiza y roedora de las que consumían á España hasta en sus entrañas; habiendo los últimos llegado á formar en parte del pueblo, de cuya plebe comúnmente nacían, una especie de singular demagogia, pordiosera y afrailada, supersticiosa y muy repugnante.»

Nada más curioso que este párrafo que revela cuáles eran las costumbres electorales en 1814. El gobierno, lejos de hacer las elecciones, perdíalas por la influencia de una *turbamulta de curiales y dependientes de justicia que vivían de abusos* y por el entrometimiento de los frailes mendicantes, *herrumbre la más pegadiza y roedora de las que consumían á España hasta en sus entrañas.*

En cuanto á la *singular demagogia pordiosera y afrailada, supersticiosa y muy repugnante* de que habla Toreno, debía cambiar de nombre al cabo de setenta años y llamarse desde entonces las *honradas masas.*

IV

Gracias á la no comparecencia de muchos diputados propietarios y á tener que ocupar por lo tanto el lugar de éstos los suplentes que procedían de las anteriores Cortes, mantuviéronse en equilibrio los dos bandos.

Era el patriarca, por decirlo así, del grupo liberal el sabio geógrafo D. Isidro Antillón, verdadero hombre de Estado, de alta capacidad y clarísima penetra-

ción y no menos poseído que otros de férvido entusiasmo por la regeneración moral y material de España. Esto motivó que á poco de haberse abierto en Cádiz las Cortes ordinarias fuese objeto de una aleve tentativa de asesinato por parte de los anti-reformadores, acción villana cuya infamia aumentaba el hecho de no poder Antillón defenderse en manera alguna, por su estado achacoso y quebrantada salud. No murió por entonces Antillón, aunque recibió varias heridas, pero murió más adelante de un modo lastimoso y no merecido, aunque con visos de proceder jurídico.

Entre los nuevos diputados distinguióse principalmente D. Francisco Martínez de la Rosa, uno de los primeros campeones de la libertad española, joven de vasta instrucción, incontrastable entereza y elocuencia admirable. La popularidad de Martínez de la Rosa era inmensa en aquella época, mucho mayor quizás que otras que hemos visto posteriormente. He aquí en qué términos lo describe el aménisimo Mesonero Romanos: «... Joven apuesto y distinguido, de señoril talante, medianamente alto, de rostro enjuto y moreno, ojos árabes y rasgados, cabello negro y espeso, y cuyas facciones en general, aunque bastante abultadas, formaban, sin embargo, un semblante agradable y simpático.» A cuyas prendas hay que agregar que era Martínez de la Rosa hombre elegantísimo y enamorado, como lo siguió siendo hasta lo último de su vida.

Figuraban también en preeminente lugar entre los nuevos diputados del partido liberal D. Tomás Isturiz, D. José Canga Argüelles, Cuartero, el presbítero López Cepero, etc.

Las sesiones habían comenzado en Cádiz, siguieron luego en la isla de León, y finalmente, según dejamos ya dicho, trasladáronse á Madrid las Cortes y la Regencia, instalándose ésta en el Palacio Real y las primeras en el teatro de los Caños.

V

Al recibir el Congreso el mensaje de la Regencia en que se daba cuenta de la misión encargada á á San Carlos y Palafox, decidió se consultase ante todo al Consejo de Estado la conducta que habría que seguir caso de entrar el rey de nuevo en España, pues todo inducía á creer que Napoleón soltaría en breve á Fernando, que sólo servía ya de estor-

bo, lo mismo si se firmaba el tratado que si no se firmaba.

El Consejo de Estado dictaminó: «Que no se permitiese ejercer la autoridad real á Fernando VII hasta que hubiese jurado la Constitución en el seno del Congreso, y que se nombrase una diputación que al entrar S. M. libre en España le presentase la nueva ley fundamental y le enterase del estado del país y de sus sacrificios y muchos padecimientos.»

En vista de esta consulta y de lo manifestado por la Regencia, deliberaron las Cortes, y, por fin, el 2 de Febrero se publicó un decreto cuya sustancia venía á ser: «Que no se reconocería por libre al rey ni se le obedecería hasta que hubiese jurado la Constitución que así se le hiciese saber al momento de entrar en España; que no se permitiese entrar fuerza armada con el rey, á menos que no fuesen prisioneros españoles, cuidando en tal caso de conciliar el alivio de éstos con el orden del Estado; que no se permitiese á ningún extranjero ni á ningún afrancesado acompañar al rey; que la Regencia señalase la ruta que debía seguir el monarca; que el presidente fuéese á recibirle por el camino, etc., etc.»

Las cortes aprobaron el decreto y acordaron publicarlo juntamente con un manifiesto, obra de Martínez de la Rosa, con lo cual dicho se está si sería grandilocuente, dada la ocasión en que se escribía y la pluma ilustre del que lo redactaba (1).

Quizás alguien se extrañará de que las Cortes pusiesen tantas condiciones para dar posesión al rey; pero téngase presente que todo el mundo estaba escarmentado y que se tenían noticias ciertas y positivas de que el general O'Donnell (D. Enrique) conspiraba en Córdoba, juntamente con D. Bernardo Mozo de Rosales, Gómez Calderón y muchos otros para derribar todo lo hecho por las Cortes, entendiéndose bajo cuerda los expresados personajes con el duque de San Carlos.

VI

La cosa se puso de manifiesto bien á las claras el día 3 de febrero, esto es, al siguiente de haberse

(1) Tráelo Toreno en el apéndice del tomo III, pág. 391 y siguientes. Es un verdadero modelo en su género, que deja muy atrás otros manifiestos más célebres, en punto á lenguaje y estilo.

aprobado el decreto, que sólo tuvo en contra diez ó doce votos.

Fué el caso que un tal D. Juan López Reina, diputado por Sevilla, hombre de escaso valer, escribano de profesión y ciego instrumento de los anti-reformadores, pidió la palabra y echó este *discursillo*, sin exordios ni ambages de ningún género:

—Cuando nació el Sr. D. Fernando VII, nació con un derecho á la absoluta soberanía de la nación española; cuando por abdicación del Sr. D. Carlos IV obtuvo la corona, quedó en propiedad del ejercicio absoluto de rey y Señor... (*Tumulto indescriptible. Muchos diputados llaman al orden al orador.*)

El señor Reina.—Un representante de la nación puede exponer lo que juzgue conveniente en las Cortes y éstas estimarlo ó desestimarle...

Una voz.—Sí, si se encierra en los límites de la Constitución: no, si se sale de ellos.

El señor Reina.—Luego que restituido el señor D. Fernando VII á la nación española vuelva á ocupar el trono, indispensable es que siga ejerciendo la soberanía absoluta desde el momento que pise la raya... (*Aumenta la confusión. El tumulto es indescriptible. Muchos señores diputados prorrumpen en gritos y expresiones que el ruido no deja entender.*)

Corolario: El escribano D. Juan López Reina fué hecho conde ó marqués ó duque ó algo así, al volver Fernando.

Pensaron entonces los diputados que formaban el partido absolutista que sería un gran medio para lograr sus fines poder cambiar la Regencia, á cuyo objeto trataron de obtener una votación por sorpresa, lo cual desbarataron los diputados liberales, que comprendieron el fin que se proponían aquellos hábiles parlamentarios. Esto prueba que en España todo el mundo es bueno para cabildear y fraguar planes y emboscadas en los pasillos.

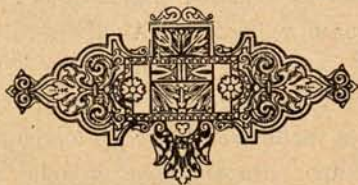
A última hora el general Villacampa, gobernador militar de Madrid, arrestaba por conspiradores á un tal D. Juan Garrido, al presbítero D. José González y á algunos soldados, gratificados por los trastornadores con una peseta diaria, aguardiente y pan.

Como se ve, los absolutistas sabían conspirar también para derribar las Cortes y la Regencia. Su objeto era proclamar regenta á la infanta D.^a Carlota Joaquina de Borbón, princesa del Brasil, de lo cual parece tenía dicha señora muchas ganas.

Tal fué el desenlace que tuvo ante las cortes es-

pañolas el tratado concluido en Valencey entre don José Miguel de Carvajal, duque de San Carlos y M. de Laforest. El historiador napoleónico monsieur de Norvins dice con extrañísima ignorancia: «Nunca se ha sabido quién consiguió diferir la ejecución de este tratado... Se ha acusado al ministro de la Guerra, Clarke, de no haber dado, cuando menos,

orden alguna á los mariscales Soult y Suchet.» De lo cual resulta que para M. de Norvins el tratado estaba listo y arreglado en todas sus partes y sólo faltaba cumplirlo, echando la culpa de ello al ministro de la Guerra de Bonaparte. Pues, entonces, ¿á qué ir á la Regencia para que ratificara nada? ¡Meditemos!



CAPÍTULO VIII

Antes de Tolosa

I

VOLVAMOS ya al mediodía de Francia, donde encontraremos á los ejércitos aliados, y reanudemos nuestra relación en el mismo punto y lugar donde la dejamos.

Pasóse todo el mes de enero de 1814 y la mitad primera del siguiente sin que los aliados verificasen movimiento alguno á causa del mal tiempo, pero no fué así apenas éste empezó á ablandar, pues tan pronto estuvieron transitables los caminos dió Wellington la orden de avance, resuelto á llevar la guerra hasta el mismo corazón de Francia.

Ofreciase ahora tener que pasar el Adour y embestir á Bayona, y tocó romper el fuego, como siempre, á la derecha, mandada por Hill y de la cual formaba parte la división Morillo.

El 14 de febrero las avanzadas de Hill aventaban los piquetes que defendían el paso del río Joyeuse, los cuales pertenecían á la division de Harispe; éste se replegó sobre Garris, á cuyo punto fué á reunirse también el general Paris. Este movimiento dió por resultado cortar la comunicación del grueso del ejército francés con San Juan de Pie de Puerto, cuya plaza quedó bloqueada por Mina, que á este efecto salió del Baztan y ocupó Baigorry y Bidarry.

Digamos, para tranquilidad de sus numerosos amigos, que el coronel Saligny y los capitanes Guyon y Maupin se encontraban con Harispe en Garris y que

únicamente había quedado en San Juan el digno comandante la Fanfare.

Al día siguiente, 15, tocóle su vez á la división Morillo, que obligó á repasar el Bidouse á las tropas de Harispe, las cuales repasaron también varios *gaves* ó torrentes, cuyas aguas proceden de los Pirineos, en todos cuyos combates perdieron gente los franceses, cediendo sin gran empeño al ímpetu de los invasores.

II

Soult tenía dispuesto su plan, que era reconcentrar todas sus tropas detrás del casi infranqueable *gave* de Pau. Había dejado que Bayona, bien fortificada, se defendiese por su único esfuerzo, y trasladó su cuartel general á Orthez, punto que escogió para dar la batalla.

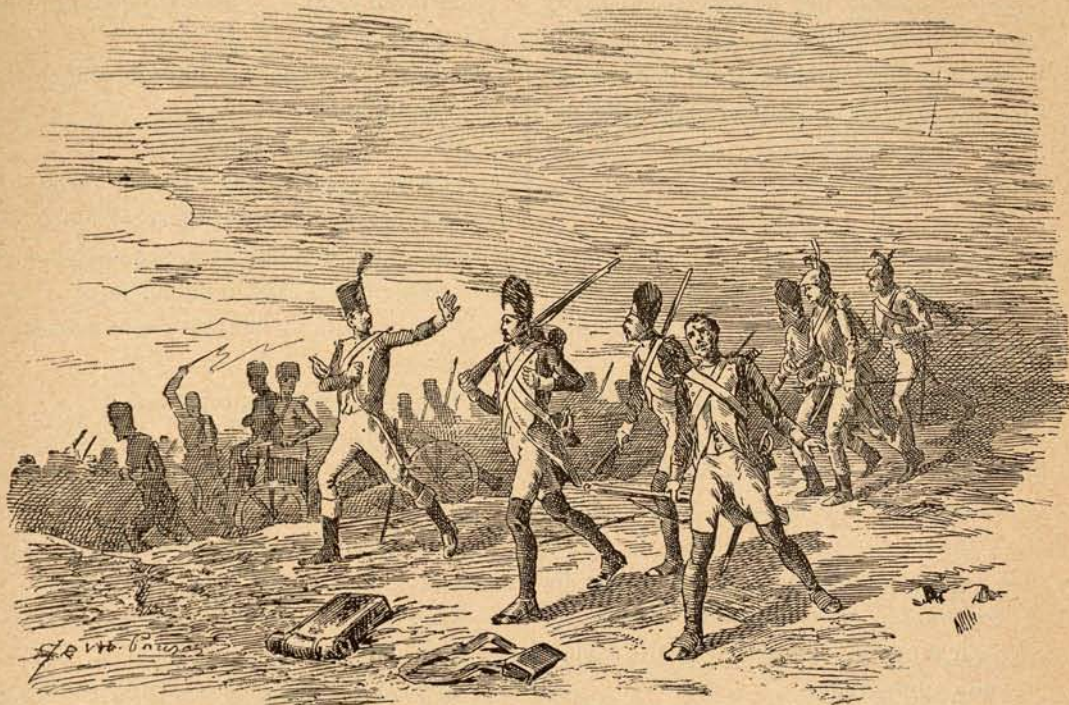
Difícilísimo era el paso del Adour, pero todo pudo vencerse. A este objeto dispuso Wellington que entrara de nuevo en Francia el 4.º ejército español, mandado como antes por D. Manuel Freire, quien llevaba de divisionarios á Ezpeleta, Plasencia y Méndez Vigo, y que se acercara más de lo que estaba al Nivelles la división de D. Carlos de España.

El paso del Adour se verificó por tres puentes de barcas, contribuyendo al buen éxito de la operación

el uso de cohetes á la *congreve*, rarísimos proyectiles entonces, que emplearon los ingleses contra los buques de guerra apostados en el río para impedir el paso. Dichos cohetes sirvieron también de mucho para rechazar los ataques de la infantería de Bayona, que hizo varias salidas, si bien todas infructuosas, para oponerse á que los aliados se hicieran dueños de la orilla derecha.

Construyóse luego un magnífico puente de barcas que asegurase la comunicación entre ambas márgenes, capaz para permitir el paso de la artillería y defendido de cualquier ataque de la flotilla francesa, y procedióse al bloqueo de Bayona y al del campo atrincherado contiguo á la plaza.

Bien afirmada la posición, siguieron adelante los aliados enderezándose á Orthez.



Los franceses se retiraron en el mayor desorden...

Los españoles habían desempeñado un papel brillantísimo en aquellos movimientos: Freire había sido el principal encargado de bloquear á Bayona; D. Carlos de España había contribuido en gran manera el paso del Adour, y Morillo acababa de rodear la plaza de Navarreins.

III

Soult había escogido para sus posiciones unas lomas que iban de Orthez hasta Dax. Su fuerza eran 40,000 hombres.

La batalla dada el 27 de febrero fué reñidísima, mostrando en ella Soult dotes de gran general, pero nada le valió: los ingleses le vencieron en toda la línea y se cebaron verdaderamente en los fugitivos.

Perdieron los franceses 12,000 hombres, gran número de prisioneros y muchos cañones: los anglo-lusitanos 2,500. No tomaron parte los españoles, á no ser el general Álava, inseparable de Wellington, el cual general fué herido, aunque no de gravedad, «en parte sensible y blanda que siempre provoca á risa,» dice con mucha gracia Toreno.

Aquel día corrió mucho riesgo la vida del generalísimo. Estaba éste apeado y bromeaba con Álava sobre la herida que le habían causado los de Soult, cuando una bala de fusil vino á dar en el pomo de su espada y le tocó en el muslo, causándole el golpe tal estremecimiento que inmediatamente le derribó al suelo.

Los franceses se retiraron en el mayor desorden, acuchillados por la caballería inglesa, sembrando el

pánico por doquiera pasaban. Por fin se detuvieron en Agen, desde donde fueron á parar á Tarbes.

Los aliados, por su parte, entraron sin resistencia en Mont de Marsán, capital del departamento de las Landas, en Cazeres y Aire. El movimiento de Soult, corriéndose hacia los Pirineos Orientales, dejaba al descubierto Burdeos, en cuya capital tenían mucho partido los legitimistas.

No tardaron los ingleses en entrar en esta ciudad llamados por los realistas, que proclamaron por rey de Francia al conde de Provenza bajo el nombre de Luis XVII. Soult publicó una proclama llenando de baldón á los que habían reclamado el auxilio del extranjero para restaurar á los Borbones.

IV

Morillo se encontraba en Mont de Marsán á primeros de marzo.

Era dicha ciudad, en aquella época, altamente pintoresca, conservando muchos restos de la edad media: modernamente ha sido objeto de grandes reformas y aparece con todo el carácter de una población cómoda y favorecida por el gobierno.

Las tropas españolas que formaban parte de la izquierda aliada habían experimentado viva extrañeza al atravesar aquel país, cuya geografía jamás hubieran llegado á imaginar.

Desde Orthez á Mont de Marsán veíanse, á la izquierda, inmensas llanuras cubiertas de bosques de verduzcos pinos y de inmensos estanques, los cuales cruzaban los habitantes montados en grandes zancos. Dilatadas praderas en que pacían algunos rebaños, estériles arenales y algunas miserables cabañas perdidas en aquellas soledades prestaban al paisaje una fisonomía de todo punto especial.

Llegados á la ciudad, parecíoles á nuestros expedicionarios que acabasen de verificar una expedición fantástica: tanto era el contraste entre el camino y el punto de parada.

No hay para qué decir que los soldados españoles no hicieron más que entrar en sus alojamientos y echarse en seguida de nuevo á la calle, como si las seis leguas que habían hecho de jornada aquel día no hubiesen influido para nada en el estado de sus fuerzas, y eso que concluida la batalla había sostenido Morillo un fuerte choque con Harispe, que de-

bió cederle el paso después de causarle mutuamente un corto número de bajas.

V

Hallábanse por la tarde algunos soldados bebiendo en la fuente de la plaza de la Audiencia, cuando uno de ellos retiróse precipitadamente, dirigiéndose á una casa que hacía esquina á la calle Imperial.

Una joven estaba esperándole, al parecer, en la entrada de la misma.

El soldado se llegó á la niña y exclamó:

—¡Jaquelina!

—¡Raimundo!—contestó ella.

—¿Cómo corresponder al número de beneficios que te debo? Todo se me apareció claro y distinto al saber el uso que habías hecho del papel que me hiciste escribir. ¡Corazón noble!

—¿Acaso podía yo consentir que murieses, siendo inocente?

—Sin embargo, comprometiste para siempre tu porvenir. ¡Todo por mí!

—Dejemos de hablar de eso. Somos libres, estamos libres.

—¡Yo te juro que antes moriré mil veces que atreverse nadie á faltartel!

—Estoy del todo segura aquí.

—¿Con quién vives?

—Yo no sé quién es, pero es una señora que me quiere mucho.

—¿Una señora?

—Sí, una gran señora.

—Raro caso. ¿Y desde cuándo la conoces?

—Desde muy niña me tenía dicho que fuéese á vivir con ella, pero yo no quería abandonar á mi padre. Siempre venía á Cambo á visitarnos, y cada vez insistía más en su pretensión de que fuéese á hacerle compañía.

—¿Vive sola?

—Sola, con varias criadas.

—Y tú ¿qué haces?

—Nada: no consiente que haga nada.

—¿Y no visita ningún hombre la casa?

—Algunos viejos.

—¿Es aquí?

—Aquí.

—¡Magnífico edificio! Parece un palacio. Pero, ahora que reparo en ello, ¡estás hecha una señorita!

¡Qué elegante! Vas á avergonzarte si te ven hablando con un soldado.

—¡Oh! ¡Nunca, Raimundo! Debajo del capote de un soldado hay casi siempre un corazón de oro.

—En cuanto á esto, no envidio el suyo á nadie. Pero hablemos de nuestra actual situación. Creo que la guerra va á terminar pronto.

—En seguida.

—¡Cómo en seguida! ¿Sabes algo?

—Mucho.

—¿Tú?

—Yo. ¡No sé qué te extraña!

—Nada me extraña, pues te creo discreta é inteligente como la más encopetada embajadora. Pero ¿de dónde has sacado lo que dices que sabes?

—De las conversaciones de mi señora con los señores que vienen de tertulia cada noche.

—¡Oiga! ¿Y no podría saber qué se dice allí de bueno?

—Sin ninguna clase de inconveniente; pero vamos á llamar la atención si nos ven aquí. Iremos á dar una vuelta por el paseo del río.

—Vamos allá.

El soldado ofreció galantemente su brazo á Jaquelina y se encaminaron al lugar indicado, hablando durante el camino de las circunstancias que mediaron en su primer encuentro. Place á los enamorados recordar semejantes efemérides.

VI

Anocheía y no era fácil distinguir claramente á qué clase pertenecían los solitarios paseantes.

—Creo que te podrá aprovechar de algo lo que he llegado á saber,—dijo Jaquelina.

—Sin duda alguna; pero si alguien ha de perjudicarse...

—No: es cosa que no puede perjudicar á nadie; pues cuanto voy á decirte estará sucediendo ya á estas horas, pero quizás podrá servir para que no se derrame ya más sangre.

—Habla.

—Sabe, pues, que está á punto de ser puesto en libertad el rey Fernando y que el Papa pronto volverá también á Roma, saliendo del cautiverio en que le tiene Bonaparte.

—¡Qué dices!

—Es seguro también que pronto será rey de Fran-

cia el llamado Luis XVIII. Angulema se encuentra ahora en Burdeos con el mariscal inglés Beresford. La población les recibió en palmas.

—Los pueblos suelen mudar de opinión.

—El conde de Artois se encuentra en el cuartel general de lord Wellington y el duque de Berry en Bretaña. Sábese de cierto que el mariscal Augereau se ha pasado también á los enemigos del emperador y que abrirá las puertas de Lyon así que se presenten los aliados.

—¿Es decir que Napoleón está perdido?

—Perdido sin remedio. ¡Si vieses qué alegría hay en casa!

—¿Cómo?

—Esos señores que vienen son todos furibundos partidarios de los borbones. Si quieres que te diga la verdad, yo no puedo sufrir á Bonaparte, pero me da grima que los extranjeros nos impongan otro rey.

VII

No seguiremos más adelante dando cuenta de la conversación de los dos amantes. Sin embargo, conviene decir que Raimundo Ballester quedó más prendado que nunca de la bella Jaquelina, cuya discreción corría parejas con sus excelentes sentimientos.

La joven había sufrido una completa transformación en Mont de Marsán. Iba entonces vestida con traje de menestrala acomodada: gorrita ó *bonnet*, corpiño azul algo escotado, zagalejo encarnado corto con delantal blanco y zapato bajo; el pelo, cuidadosamente peinado, formaba dos ondas que bajaban ocultando los lados de la frente.

La señora que la había recogido llamábase Mme. de Deliroux y corrían acerca de su juventud más de cuatro historias de escabrosa explicación. Para muchos era innegable que había sido una de las principales maravilleras del 1794 y enlazaban esto con la edad de Jaquelina.

Nada tendría de particular lo que la maledicencia sospechaba, puesto que las madres francesas del siglo XVIII no constituyen, ciertamente, un modelo que imitar bajo ningún concepto y muchísimo menos las madres aristócratas, como se jactaba de ser por los cuatro costados Mme. de Deliroux.

Ello es que durante la breve permanencia de las

tropas de Morillo en Mont de Marsán las relaciones de Ballester y Jaquelina adquirieron toda la formalidad necesaria para hacer esperar que terminarían al pie del altar. Habían sido los suyos unos amores dignos de ser estudiados y descritos por pluma menos tosca que la nuestra, pues la humilde condición social de aquellos nuevos Romeo y Julieta no impidió que los principios de su pasión fuesen altamente novelescos é idealistas, ya que se habían amado desde que se vieron y que no fué menester que hablaran para que uno y otro quedaran convencidos de la mutua correspondencia. No siempre los amores sublimados y excelsos se refugian en las clases elevadas: también hay poemas en las chozas.

VIII

A mediados de marzo cambiaron bastante las posiciones de los españoles.

La división de D. Carlos de España fué enviada á bloquear á Bayona; el 4.º ejército de Freire, con Ezpeleta, Garcés de Marsilla, Bárcena, Mendizábal, Méndez Vigo, Carrillo, etc., fué incorporado al centro, siendo llamado también con dicho objeto D. Julián Sánchez. En cuanto á Morillo, se dispuso que formara como siempre á la derecha, dejando una brigada que bloqueara á Navarreins.

Miranda, Espinosa y Méndez fueron destinados á formar parte de una división que se formó con varias brigadas del 4.º ejército, á la cual se llamó división provincial, reuniéndose también á la misma el sempiterno comandante Garroyo, cansado de estar parado delante de San Juan de Pie de Puerto.

No hemos de describir la conmovedora escena de la reunión de todos aquellos bravos y leales amigos, verificada en Castelnau el 17 de marzo. Allí se encontraron todos: Enrique Osorio, Espinosa, Miranda, Fraser, Méndez, Garroyo, Ortego y Antequera, todos buenos, sanos y salvos tras de tantos peligros y aventuras.

Reunidos por la noche en casa de Miranda, diéronse noticias de sus amantes. Carmen y Dolores en Zaragoza, lo mismo que Petra, Esther y Eugenia; D.^a Brianda y la duquesa de Orgiva sabíase que habían llegado á Madrid poco después de haberse trasladado allí la Regencia; Estrella y su madre, tan dichosamente salvada por Ramón de Pravia habíanse instalado también allí; faltaba Eponi-

na, pero Enrique Osorio se proponía rescatarla pronto de manos del pícaro de M. des Trois Barbouillards, auditor del Consejo de Estado.

IX

Luego que todos hubieron dado salida á la efusión de sus sentimientos de mutua estimación, dijo Fraser:

—El duque está muy enojado con el general O'Donnell y me permitiréis que crea que con justificado motivo.

—¿Qué nueva jugarreta estará tramando el conde de la Bisbal?—replicó Miranda, poco devoto de aquella familia, si bien reconocía los servicios prestados por D. Enrique en Cataluña.

—El duque deseaba que el ejército de reserva acudiese también á participar de los laureles que recogen en esta tierra de Francia los denodados soldados españoles: quería que si Morillo podía jactarse de ser el héroe del Mondarín y D. Pedro Agustín Girón el de la Rhune y D. Manuel Freire el del paso del Adour, pudiera también el conde de la Bisbal enorgullecerse de haber hecho esta gloriosa campaña; pero no ha sido así: á la insinuación de Wellington para que el ejército de reserva pasara la frontera ha contestado O'Donnell desabridamente alegando toda clase de pretextos para no hacerlo y pidiendo por el contrario se le diese orden de marcharse de la raya y entrar en Castilla.

—¡Bravo!—exclamó Miranda con ironía.

—O'Donnell supone que sus tropas han perdido toda disciplina, que están desorganizadas, rendidas, hambrientas, desnudas, destrozadas, miserables, perdidas...

—Sí, sí,—repuso Miranda.—¡*Capisco, capisco!*

—Y creed, amigos míos, que no tiene razón en ello el conde de la Bisbal. El ejército de reserva se encuentra en un estado brillante y su disciplina es inmejorable.

—El príncipe de Anglona, que lo ha regido hasta ahora,—exclamó Espinosa,—sabe tan bien como O'Donnell el modo de tener las tropas y es injuriarle suponer que las ha dejado en el estado que supone el conde de la Bisbal.

—Harto le constaba al duque de Ciudad Rodrigo lo que decís, mi brigadier,—respondió Fraser;—pero no es menester ser muy avisado para compren-

der el verdadero objeto de la negativa de O'Donnell y su afán por internarse en Castilla.

—Claro está que eso lo sabe cualquiera,—exclamó Miranda.—O'Donnell ha estado conspirando en Córdoba con Mozo de Rosales, Gómez Calderón y

otros para derribar á los regentes. Villacampa ha tenido que poner presos á algunos de los conspiradores de Madrid y á varios soldados á quienes daban una peseta, pan y aguardiente. Lo que O'Donnell quiere es acercarse á la capital para sostener



...tan dichosamente salvada por Ramón de Pravia...

con su ejército los planes de los anti-reformadores y trastornar el gobierno y las cortes así que se presente ocasión oportuna.

—Pues no lo hará,—replicó Fraser,—porque el generalísimo le ha prohibido se guarde bien de internarse, señalándole por estancias las orillas del alto Ebro. Para nada quiere ya Wellington á O'Donnell á causa de semejante comportamiento, y así ha dirigido una invitación en igual sentido al prin-

cipe de Anglona, general en jefe del tercer ejército, franqueándole seis millones de reales y seis mil vestuarios. Es de esperar que el general aceptará.

—Aceptaré sin ningún género de duda,—replicó Espinosa.—Tengo la honra de ser amigo de D. Pedro Agustín Girón y estoy seguro de que se portará como quien es.

—Veremos si ahora acabamos pronto con el duque de Dalmacia,—dijo Miranda,—y volvemos

pronto á España, pues temo que habremos de ser allí muy necesarios todos cuantos nos preciamos de decididos liberales. Hoy sale de Valencey Fernando VII, soltado, al fin, por Bonaparte, y le acompaña

una numerosa camarilla de la que no hay que fiar. —Estaremos á la mira,—dijo Espinosa,—para que se cumpla el decreto dado por las Cortes el 2 de febrero. Y ahora á Tolosa.



CAPÍTULO IX

Tolosa

I

VAMOS á dar cuenta de la última batalla que se dió en la guerra de la Independencia; batalla cuyo campo no fué ya el sagrado suelo de la patria, sino tierra francesa; batalla sangrienta y decisiva, en la cual el valor español rayó tan alto como en las más gloriosas acciones y en cuya ocasión demostraron nuestros soldados ser tan aptos para los ataques impetuosos como para las defensas tenaces.

Soult se había ido retirando precipitadamente desde Tarbes á Tolosa, llevando tres días de delantera á los aliados, cuya marcha había de ser por precisión mucha más lenta que la del duque de Dalmeida, el cual, para ir más de prisa, se había aligerado de toda la impedimenta.

El tiempo era lluvioso, como venía siéndolo desde la entrada de los invasores en Francia. Finalmente, el 23 de marzo aparecieron los anglo-hispano-lusitanos ante los muros de la hermosa capital del Languedoc, donde se encontraba ya Soult desde el día 24.

Temíase no acudiesen en su auxilio refuerzos de Suchet, y á este objeto tratóse de echar un puente en la aldea de Portet, situada más arriba de la ciudad y más abajo de la confluencia del Ariège y el Garona, pero no fué posible por la anchura del cauce y la rapidez de la corriente, por lo cual fué preciso echarlo más arriba de la confluencia, en el punto llamado *Roque*. Cruzó Beresford el Garona, pero hi-

zose dueño en seguida del puente del Ariège. Aquel paraje tenía, sin embargo, el inconveniente de ser muy pegadizo y gredoso, por lo cual Wellington mandó repasar los dos ríos buscando un lugar más á propósito, el cual se encontró media legua más abajo de Tolosa. El Garona tenía 130 varas de ancho y se echó un puente que quedó terminado en breves horas.

El 4 de abril comenzaron á cruzar el río algunas divisiones, pero de pronto vino una crecida, que obligó á retirar el puente, quedando en consecuencia separadas por el río las dos mitades del ejército, grave contratiempo que hubiera podido ocasionar un verdadero desastre, pero que no consiguió animar á Soult para un ataque, atento sobre todo á la defensiva. De buena nos libramos.

Así se pasaron cuatro días, desperdiciando Soult la ocasión de poder destruir las fuerzas que se encontraban á la orilla derecha, muy inferiores en número á las de que él disponía. Por fin, el día 8 empezaron á bajar las aguas y se apresuró á pasar el resto del ejército.

II

Es Tolosa una plaza verdaderamente estratégica; rodéanla por todas partes, menos por mediodía, ríos,

canales y acequias que constituyen excelentes fosos naturales, agregándose á ello la existencia de fortificaciones de todo punto formidable. Soult había tenido buen cuidado, después de la derrota de Orthez, de aumentar sólidamente los medios de defensa de Tolosa, decidido á dicha ciudad en inexpugnable baluarte.

A este objeto mandó levantar cinco reductos, poco separados entre sí, en unas colinas del E. de la ciudad, llamadas *del Calvinet*, fortificando también el S. con no poca presteza y robustez, obligando á todos los tolosanos útiles á trabajar en dichas obras, lo cual cumplieron bastante á regañadientes.

Se conoce que á aquellos dignos vasallos del emperador les gustaba mucho ir á incomodar á los demás, pero les dolía que les fuesen otros á poner sitio.

El duque de Dalmacia tenía á sus órdenes treinta mil soldados aguerridos, sin contar la guardia urbana, mandados por Clausel, Reille y Drouet d'Erion. Los aliados eran naturalmente muchos más.

Dichos 30,000 hombres estaban repartidos en torno de la ciudad y en los reductos y fuertes.

III

El punto principal del ataque debía ser la línea del E., defendida por los canales de Languedoc y de la Brienne y por los cinco reductos de que hemos hablado. Beresford debía atacar la derecha, Freire el centro y Ezpeleta la izquierda.

Llegó en esto el día 10 de abril y comenzó el ataque al dar las siete de la mañana.

Avanzaron los nuestros guiados por los generales Freire, Bárcena, D. Gabriel de Mendizábal y los brigadieres Ezpeleta y Garcés de Marsilla, haciéndolo con tal denuedo que obligaron al punto á la brigada Saint-Paul á replegarse en el reducto grande, abandonando el altozano de la Pujade, que ocuparon inmediatamente los españoles, mientras Beresford, con Cole y Clinton, envolvía la derecha imperialista.

Dueños los nuestros de la Pujade, emplazaron allí la artillería portuguesa, dejando de reserva la brigada Garcés de Marsilla, y viendo el feliz resultado del ataque, resolvieron ir contra los reductos *Grande y Triangular*, defendidos respectivamente por Willate y Harispe.

IV

Entre el canal á cuyas orillas se encontraban los españoles y los dos reductos que se preparaban á atacar había frondosos jardines y criaderos que era preciso atravesar.

Apenas habían penetrado los nuestros en la espesura, cuando un diluvio de horrorosa metralla, granadas y balas esparcieron el destrozo y la muerte entre los batallones españoles.

En los jardines había emboscada la división Armañac y al pie de las fortificaciones se había colocado numerosa artillería para que rasantes los fuegos causasen mayor estrago en nuestras filas.

No por eso cedieron los nuestros, á cuyo frente iban Freire y Mendizábal.

—¡A la bayoneta!—exclamó el héroe de San Marcial.

Y obedeciendo la orden, mudos, terribles, sin disparar un solo tiro, atravesaron los españoles la espesa arboleda y llegaron á tocar las líneas avanzadas de los reductos.

Parecía que habían salido del infierno.

La artillería francesa había hecho verdaderamente estragos, pero había sido impotente para contener la admirable embestida de los bravos soldados de Freire.

De pronto corrieron graves noticias. La división Ezpeleta se encontraba en gran peligro.

Estaban aquellas tropas atacando por la carretera de Albi al objeto de auxiliar el movimiento de Freire, cuando al ir á atravesar el puente de Matabiau descubrieron emboscado un gran trozo enemigo que hacía á quemarropa mortífero fuego, obligando á los nuestros á detenerse por un momento.

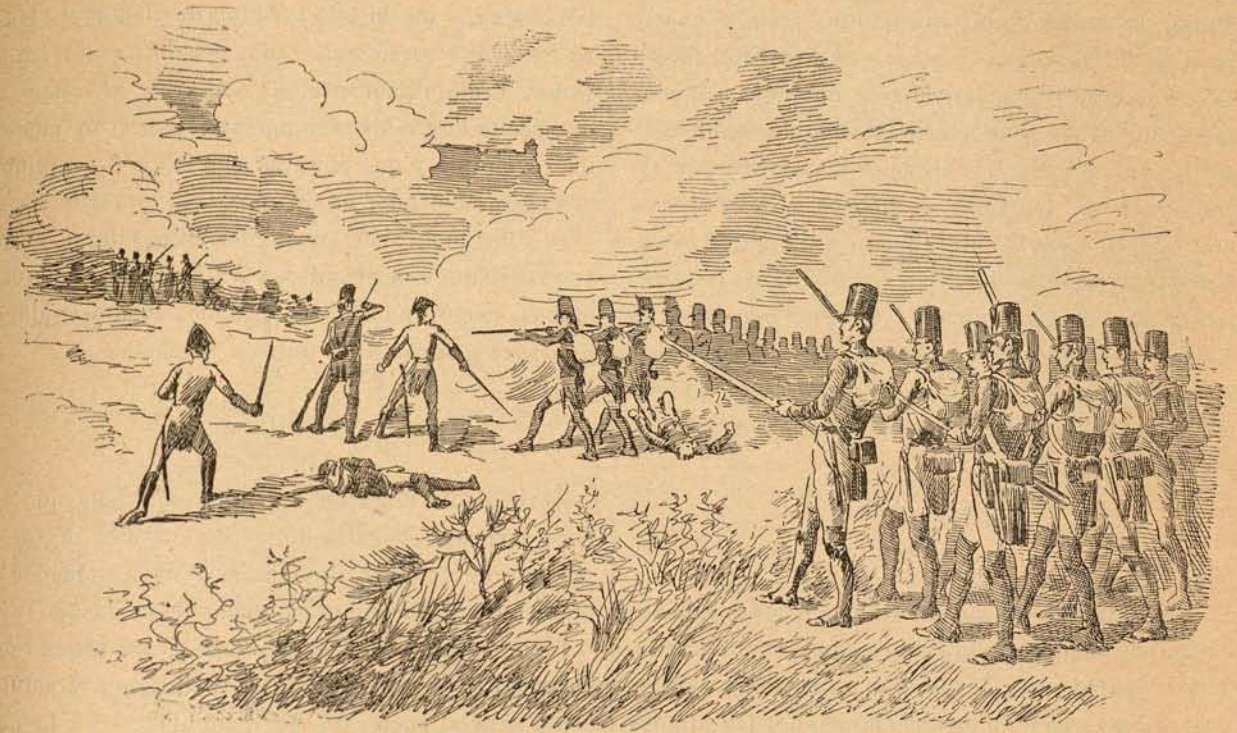
Notólo Soult y mandó á Armagnac que se dirigiera contra ellos á la bayoneta.

La valiente división veíase diezmada literalmente por los fuegos mortíferos cruzados que contra ella se dirigían y que revelaban el profundo estudio y la hábil manera con que se había preparado Soult.

Cejaron algunos, pero no todos: ni una pulgada retrocedieron unos cuantos húsares de Cantabria, al mando del bizarrísimo oficial D. Vicente Sierra, y no menos extraordinariamente brilló el regimiento de igual nombre, el cual se mantuvo firme y denodado, recibiendo la metralla de los reductos sin que-

rer apartarse del sitio en que se encontraba, hasta que se vió obligado á ello por lord Wellington, que se presentó allí maravillado de tanto valor. Con su vida pagaron el honor de las armas españolas el coronel del expresado regimiento de Cantabria, don Leonardo Sicilia, D. Francisco Balanzat, que mandaba el de la corona, el jefe de E. M. D. José Ortega y otros héroes, cuyos nombres sentimos no haber

podido recoger. También vertieron su sangre, recibiendo heridas más ó menos graves, el bizarrísimo D. Gabriel de Mendizábal y los brigadieres Ezpeleta, Méndez Vigo y Carrillo. Gracias á los esfuerzos de todos esos dignos caudillos españoles consiguíose rehacer la desconcertada hueste, que se desquitó desde entonces cumplidamente del anterior quebranto.



... llegaron á tocar las líneas avanzadas de los reductos

Hay que advertir que los medios de defensa dispuestos por Soult eran verdaderamente formidables y que la artillería francesa demostraba aquel día un arrojo superior á cuanto hasta entonces se había visto.

V

Mientras los españoles estaban frente á las trincheras de los fuertes *Grande* y *Triangular*, situados á la izquierda de la línea, hacia el N., Beresford se apoderaba del reducto de la derecha, llamado *La Sypière*, y atacaba con admirable arrojo los dos reductos del centro, llamados *Les Agustins* y *Le Colombier*, los cuales no tardaban en caer en poder de Pack, así como el primero lo habían ganado Cole y

Clinton. Finalmente, acabaron por ceder los dos reductos del N., en los cuales entró Freire.

Mientras Beresford y Freire se apoderaban de aquellos fuertes, que vomitaban un fuego verdaderamente infernal, intentaba Picton ganar los puentes de la embocadura del canal; pero tuvo que replegarse para evitar el terrible fuego de artillería y fusilería que le abrasaba por enfrente y flanco. Grande y admirable fué, hay que confesarlo, la resistencia de los franceses en aquella batalla. Conociase que peleaban á la desesperada y que se batían con el supremo valor de los que antes de sucumbir quieren dejar colocada en alto puesto su fama militar. Aquel día la lucha fué espantosamente sangrienta. Parapetados tras de sus fuertes y lleno el terreno de baterías emboscadas, fué la batalla un duelo

á muerte. Soult se portó como nunca y cumplió como un gran soldado.

La batalla se había empeñado también por la parte del arrabal del Mediodía, donde estaba Reille. Hill y Morillo le obligaron á desamparar las obras exteriores y tuvo que refugiarse detrás de las murallas.

Dueños los aliados de los cinco reductos de las colinas del Calvín, volvieron los cañones contra la ciudad, la cual se rindió en seguida. Eran las cuatro de la tarde: hacia nueve horas que duraba el fuego,

El duque de Dalmacia retiróse entonces á la otra parte del canal, que le servía como de segunda línea, pugnando empero algunas divisiones por reconquistar las perdidas posiciones, á cuya idea se opuso Soult, vista la inutilidad de toda tentativa encaminada á aquel objeto. Era, empero, tanta la desesperada ira de los franceses al verse arrojados de sus fortificaciones y al pensar que Tolosa había caído en poder de los ingleses, portugueses y españoles, que hasta última hora estuvieron hostilizando á la izquierda aliada.

VI

La batalla fué tan sangrienta como ruda. Peleóse por ambas partes con un encarnizamiento inusitado, ávidos los franceses de intentar un supremo esfuerzo para salvarse y no menos empeñados los aliados en aplastar á los bonapartistas. Vióse que todos los generales tomaban á pecho acabar de una vez y que los napoleónicos parecían considerar la batalla como un duelo. Allí murió Taupin y cayeron heridos Harispe, Gasquet, Lamorandière, Baurot y Dauture.

La pérdida de los aliados fué de 4,714 hombres, de ellos 2,000 españoles.

Todo el día 11 se mantuvo Soult á la otra parte del canal del Mediodía sin que Wellington diese orden de hostilizarlo, y tomó por la noche la carretera de Carcassona, al objeto de ir á reunirse con Suchet, siendo aquel el único camino que le quedaba abierto, dejando en la ciudad los heridos, así como un inmenso parque de artillería y grandes almacenes de provisiones, acumuladas allí en la expectativa de una larga resistencia, que tan corta fué, sin embargo.

Los bravos tolosanos, que habían seguido atenta-

mente desde los tejados y campanarios todas las peripecias de la batalla, ocultáronse en sus casas una vez vieron ondear en los reductos las banderas de los aliados, temiendo lo que podrían hacer éstos al entrar en la ciudad y profiriendo contra Soult las más amargas quejas por haberles comprometido de tal manera.

Nada tiene de extraño semejante proceder, pues Tolosa no era ni había sido nunca bonapartista, sino borbónica, y les dolía á los hijos de Clemencia Isaura tener que verse molestados por culpa del emperador. Tranquilizáronse, sin embargo, al saber que el ejército anglo-hispano-portugués era un modelo de disciplina y que el papel que iba á desempeñar era el de libertador antes que de adversario.

El día 12 entraron los aliados en la ciudad y fueron recibidos con grandes y ruidosísimas aclamaciones, esmerándose los tolosanos en obsequiar y agasajar á porfía á los nuevos huéspedes.

VII

Al mediodía llegaron á la ciudad, causando no poca sorpresa el verlos juntos, un coronel inglés y un coronel francés, los cuales fueron rodeados al momento por un numeroso grupo de curiosos.

Dirigieronse ambos al *Capitolio* (léase Casas Consistoriales), donde se alojaba Wellington, y volvieron á salir al poco rato, no disimulando ya lo que contenían los pliegos, á pesar de que todo el mundo lo presumía.

Los ejércitos aliados del N. habían entrado en París el 31 de marzo.

Ya se susurraba esto hacía días, tanto en la ciudad como en los campamentos, pero al verlo confirmado oficialmente no hubo quien no acusase, lo mismo á Soult que á Wellington, de haber dado la sangrienta batalla cuyos ecos no se habían extinguido todavía, ocasionando un derramamiento de sangre enteramente inútil.

Por eso dijimos que la acción había tenido más aires de duelo que de batalla.

Soult y Wellington se aborrecían de muerte. Dolíanle al primero los desastres de Portugal y Talavera y el orgulloso inglés no podía acallar sus deseos de humillar las armas de Bonaparte.

Pero no era tan sólo la entrada de los aliados lo que había ocurrido en la capital de Francia: el Se-

nado había establecido el día 1.º un gobierno provisional presidido por Talleyrand, que había decretado el destronamiento de Bonaparte, el cual había abdicado á su vez. Añadiase que se le había señalado, como único dominio y residencia, la isla de Elba, no lejos de la costa toscana, conservando el

título de emperador. Habían sido llamados de nuevo los Borbones, y mientras llegaba el señor rey Luis XVIII, ejercía el mando el conde de Artois, que había de ser á su vez el último Borbón que reinara en Francia.

Este conde de Artois era aquel pisaverde que tan-



... acabaron por ceder los dos reductos del N.

tas insolencias había dicho contra su infeliz cuñada la desgraciada María Antonieta. Ahora se las echaba de hombre formal.

VIII

Por la noche hubo gran función en el teatro.

Representábase ¡oh adulación! la ópera de Monsigny, *Ricardo Corazón de León*, y llenaba el teatro una numerosa y escogida concurrencia.

Y, á la verdad, mucho había que ver allí, pues aunque Tolosa no era entonces ni la mitad tan poblada ni importante como ahora, tenía fama, en cambio, de ser una *pépinière de beautés*, lo cual, gracias al cielo, continúa siendo, á pesar de la mala voluntad con que *le Nord* mira al *Midi*, figurando como principal *antimidista* un hijo del país.

Proclamemos muy alto, como dicen los periódicos, que si en Francia quieren presentar alguna belleza de primer orden tienen que acudir al *Midi* y sacarla de Tolosa, Arlés, *Marsseille*, Aviñón, etc. Verdad es que ellos dicen que no hay nada como la *parisienne* y el *parisianismo*, pero convendría saber de dónde proceden las parisienses más bonitas: de fijo no son hijas de Bretaña, ni de Normandía, ni de Borgaña, ni de Auvernia. La gente del N. será más interesante para muchos que la del *Midi*; pero no admite comparación una y otra raza en punto á belleza y simpatía exterior.

Nada más extraño que el efecto que ofrecía el teatro atestado de espectadores, pertenecientes á las diversas naciones y vestidos con los más llamativos trajes. Destacábanse sobre los fracs negros de los paisanos, uniformes ingleses, escoceses, españoles,

portugueses y alemanes. Aquí y allá formaban alegres notas de color los bonitos trajes de algunas curiosas ribereñas que habían querido ver qué cara tenían los ingleses, y los portugueses, y los españoles que iban á traer á los Borbones, porque preciso es confesarlo: así como abundan ahora en Tolosa los republicanos, abundaban entonces mucho los borbónicos.

IX

Llamaban la atención en un palco principal el general Miranda, el brigadier Espinosa, el teniente coronel Méndez, el comandante Garroyo y los capitanes Osorio y Antequera, cuyas proezas eran muy conocidas y habían trascendido á los naturales.

Digamos que ninguno de ellos daba pruebas de interesarse gran cosa por la ópera que se representaba, verdadero rasgo de adulación á Wellington, de quien, al parecer, querían hacer los legitimistas una especie de Plantagenet, con viva contrariedad del seco y delgado general, nunca amigo de fiestas ni de públicas manifestaciones de alegría.

El caso es que cada vez que el tenor acababa de cantar un aria, y las cantaba á docenas, el público, entusiasmado, se volvía hacia Su Gracia, cuyo descontento era visible, despreciando quizás interiormente aquellas muestras de servilismo.

Verdad es que traía á los Borbones, pero no era menos cierto que no debía dar gusto á nadie ver invadida la patria por extranjerías tropas.

Los aplausos eran sobre todo ruidosísimos en un palco situado bajo el que ocupaban nuestros amigos, tanto que Osorio quiso ver quién era aquel mal patriota que tan desconsideradamente se olvidaba de la mesura que convenía guardar en una situación tan delicada como aquella.

—Aunque haya caído Napoleón,—dijo Miranda,—estamos aquí nosotros y deberían aplaudir menos. Palmoteen cuanto quieran cuando nos hayamos marchado, pero no ahora.

—Tienes razón sobrada,—contestó Espinosa.—¿Quién sabe si muchos de los que tales muestras dan de satisfacción por la caída del tirano no han recibido de él recompensas y mercedes!

En esto Enrique Osorio, que no había cesado en su manejo para enterarse de quién era el insoportable palmoteador del palco de platea, exclamó:

—Ahí abajo tienes uno: M. Agenor Le Roy des Trois Barbouillards, joven auditor del Consejo de Estado.

Espinosa, sorprendido, repuso:

—¿Eh? ¿Pues y...?

—Voy á ver,—contestó Enrique.

El bravo capitán de lanceros de D. Julián Sánchez salió del palco y fué á colocarse en otro, frontero al mismo, donde había varios jefes y oficiales del regimiento de Cantabria.

Enrique Osorio reparó en una figura de mujer que había junto á M. Agenor.

Era una joven elegantísimamente vestida y costosamente ataviada con preciosas joyas y plumas; pero sin embargo de ir vestida como una duquesa, algo revelaba en ella que no era precisamente un tipo de aristocrática virtud: M. Agenor se tomaba, en efecto, algunas libertades.

Osorio se puso sobre sí y creyó que no debía dar importancia á aquella patente infidelidad, si bien estaba resuelto á que Eponina, pues ya el lector habrá caído en la cuenta de que era ella, comprendiese que estaba enterado de su traición.

El bizarro capitán aprovechó el momento de la salida para colocarse al paso de la ingrata cuando se retirara.

No tardó en abrirse la puerta del palco, apareciendo Eponina envuelta en un precioso abrigo de pieles.

Enrique la saludó haciendo una profundísima reverencia.

Turbóse la bella y exclamó rápidamente:

—Mañana á la noche, á las ocho, en el Puente Nuevo.

—Nada respondió Osorio.

X

En aquellos tiempos todavía no gozaba el *demi-monde* de las preeminencias sociales y literarias que disfruta en el presente.

Más aun: no se había inventado todavía la palabra.

Trátase, pues, de describir una pasión verdaderamente histórica, si bien poseemos preciosos datos para dar de ella una verídica idea.

Los amores del caballero Desgrieux y Manon Lescaut no habían logrado pasar todavía del domi-

nio de lo fenomenal y novelesco; las baronesas d'Ange no formaban clase todavía ni ejercían esas pasiones avasalladoras que han volcanizado la molera de tantos dramaturgos contemporáneos.

Las bailarinas, las cantatrices ligeras, las comiquillas y las porteritas bonitas y cursis no habían levantado aún de cascos á los *hombres de honor*, los cuales se limitaban á tomarlas como un entretenimiento de *jeunesse*.

Las costumbres habíanse morigerado algo, comparadas con las del siglo XVIII. Conociase la acción profundamente moralizadora de la revolución francesa. Saint-Just, decretando la virtud por medio de la guillotina, había hecho algunas conversiones, y no pocas también Napoleón Bonaparte dirigiendo la atención principal hacia la gloria... de servirle á el.

La época era brutal y los amores ocupaban un lugar muy secundario entre las pasiones comunes. M. Agenor de Le Roy des Trois Barbouillards tenía á Eponina en calidad de mueble de precio, sin el menor átomo de afecto cordial ó animado.

Por su parte, Eponina se encontraba bien en su situación, sin sentir mayores ambiciones que las de presentarse bien vestida y poder ir al teatro. No aspiraba todavía á una renta vitalicia, á ningún hotel ni á jugar á la Bolsa para ganar de golpe y porrazo algunos milloncitos.

Cuando le hablaban de sus aventuras en España, decía que nuestro país era el país de los *châteaux*, es decir, de los castillos en el aire.

Los amoríos de Eponina y Osorio habían sido, pues, para la francesita, *des châteaux en Espagne*.

Osorio, sin embargo, creía que los castillos de su tierra habían dado pruebas de ser muy fuertes en la guerra con los moros.

XI

La verdad es que el digno salamanquino estaba, si no celoso, picado.

Creía que Eponina habría hecho en Tolosa una vida retirada y penitente, esperando á su libertador, como Melisendra á D. Gayferos, y se encontraba con que iba al teatro muy compuesta y muy guapa, llamando la atención de toda la *haute volée* de Tolosa.

Resolvió, pues, acabar pronto con aquella pasion-

cilla, y á este objeto llamó á Luis Martínez, bachiller en teología, novio de Isabelina.

—Luis,—exclamó,—vas á hacerme un favor.

—Di qué quieres,—contestó el interpelado.

—Esta noche, á las ocho en punto, te plantas en el Puente Nuevo vestido con mi uniforme y esperas á que una señora venga á decirte algo.

—Esperaré á que venga á decirme algo.

—Contestarás lo que mejor te parezca.

—Bien.

—Y obrarás según estimes más conveniente, partiendo siempre de la suposición que tú eres yo.

—Nos parecemos bastante.

—¿Sabes chapurrear el francés?

—*Aliquid chapurreatur*.

—Después le dices á la señora que yo soy yo y que ahí tiene eso.

Enrique entregó un paquete de cartas á Martínez,

—Se trata de una aventura de esas que servían á nuestros antiguos autores dramáticos para enjaretar una comedia en tres jornadas.

... Noche, disfraz,
engaño y violencia.

—¿Es decir que Camacho va hacer el papel de D. Juan Tenorio y Eponina el de D.^a Ana de Ulloa?

—Justo y cabal: será una variante del *Convidado de piedra*.

—Está seguro, que la cosa marchará á pedir de boca.

Por desgracia, Luis Martínez tuvo razón de sobras en su profecía.

Bien se había vengado Enrique Osorio.

Eponina guardó prudente silencio, sin embargo, y M. Agenor hizo el papel de Filiberto Gonzaga, sin reparar en ello.

XII

Vamos á terminar este capítulo dando rápida cuenta de las últimas operaciones de la guerra.

Desde que las cosas le habían ido tan mal en Alemania al emperador, empezó éste á sacar gente de Cataluña; primero mandó marchar á Francia á Severoli con 9,000 italianos y luego la mayor parte de la caballería y la artillería y 10,000 hombres más, que recibieron orden de ir á Lyon; de manera que

sólo quedaron en Cataluña Suchet con un par de divisiones, Robert y Habert. El primero había abandonado ya la línea del Llobregat, encontrándose en Gerona desde primeros de febrero. Robert seguía en Tortosa, con muy poca gente, y Habert se encontraba bloqueado en Barcelona con 9,000 hombres.

Gracias á una fea deslealtad, digna de la mayor reprobación, cayeron en nuestro poder Lérida, Mon-

zón y Mequinenza. El 17 se rindió Jaca á la pericia de Mina; los capitulados juraron no volver á tomar las armas contra España, pero luego faltaron á lo convenido, lo cual en ninguna ocasión es disculpable.

A primeros de marzo, Napoleón pidió otros diez mil hombres á Suchet para enviarles á Lyon. El mariscal, apurado, debió encerrarse en el castillo de Figueras.



CAPÍTULO X

Da fin la guerra.—Opiniones sobre la misma

I

A mediados de abril celebróse un armisticio entre Wellington y Soult y luego otro entre el mismo y Suchet; cesaron, pues, las hostilidades entre los ejércitos aliados y el francés, y se convino en que en breve serían entregadas á los españoles las plazas que todavía conservaba en su poder el enemigo, y eran: Benasque, Tortosa, Murviedro, Peñíscola, Santoña, Barcelona, Hostalrich y Figueras. Juntamente con estas plazas fueron devueltos los generales, tropas y particulares que Napoleón había tenido presos.

Las tropas anglo-hispano-lusitanas que habían invadido el territorio francés por la parte del Mediodía regresaron también á nuestro suelo, acantonándose en las provincias fronterizas donde las volveremos á encontrar más adelante.

Aquí acaban las páginas dedicadas á la lucha inmortal sostenida por los españoles contra Napoleón I. «Así terminó, por fin, esta guerra,—dice el historiador Chao,—tan fecunda en glorias como en ruinas y estrago para España, vergonzosa y funesta para la Francia. Perdió ésta en nuestro suelo, según cálculos probables durante los seis años, sobre trescientos mil hombres. Quizás no fué menor la de los españoles que perecieron con las armas en la mano y á consecuencia de las tropelías, el abandono de los hospitales, las enfermedades, el hambre y todos

los males que forman el cortejo ordinario de las guerras. De modo que la ambición de un sólo hombre, en una sola nación y en sólo un lustro, costó á la humanidad un millón de víctimas.»

«La guerra de la Independencia Española de 1808 á 1814,—dice á su vez D. Julián Sanz Martínez, en su *Resumen histórico-militar* de la misma,—forma una epopeya gloriosísima para esta nación, y el heroísmo de que dieron testimonio en aquellos seis años de continuos combates los españoles, servirá perdurablemente de ejemplo á todos los pueblos del universo que se vean amenazados como nuestros abuelos con la pérdida de su independencia y libertad.

»Creyóse Napoleón I que para sus ejércitos compuestos de soldados aguerridos en cien combates no había ningún imposible, y así como venciera á Rusia, Austria y Prusia, propúsose vencer también á España, máxime cuando halló á esta nación sin ejércitos, sin tesoro y sin un gobierno hábil que supiera dignamente regir sus destinos y velar por la integridad de la patria. Pero el emperador engañóse en sus cálculos para dominar la España, y sus soldados, aquellos que habían combatido á las orillas del Rhin, Danubio y Niemen, ornando sus frentes con la aureola de la victoria, vinieron á nuestro territorio á sucumbir sin vencer, deslustrando así su brillante

historia y la de aquellos generales franceses tales como Ney, Soult, Jourdan, Saint-Cyr, Augereau, Mac Donald, Victor y tantos otros á quienes siempre había acariciado la fortuna en los campos de batalla.

»Y no fué sólo ésta la gloria de los españoles, pues débeles la Europa el triunfo que luego los ejércitos de ella alcanzaron sobre los de Napoleón, porque la constancia y el heroísmo de aquéllos alentó á todas las naciones para hacer la guerra al tirano, que, cual nuevo César, quería desde París regir el mundo.»

Y dice en otra parte el mismo distinguido escritor militar: «Si nuestros padres tuvieron por auxiliares á algunos cuerpos de tropas inglesas mandadas por el duque de Wellington, aun cuando éstas prestaron distinguidos servicios en pro de la liberación de nuestro territorio, en cuya empresa estaban interesadas por conveniencia propia, no por eso se debe á los soldados ni al caudillo británico el éxito obtenido. Si el pueblo español hubiese permanecido no indiferente, porque se trataba de su independencia y libertad, sino menos entusiasta por su patria, no lo duden los hijos de Albión: las aguerridas cohortes del primer Napoleón hubieran vencido en España y en Inglaterra. Tengan presente, para rebatir esta afirmación nuestra fundada en los hechos, los escatimadores de la gloria de España en la guerra de la Independencia, y principalmente los historiadores británicos Napier y Londonderry, cuál era el estado de Europa á fines de 1807.

»Napoleón había vencido á Rusia y á Austria en Austerlitz (1805); á Prusia, en Jena (1806), y las demás naciones, abatidas aquéllas, doblaban la cerviz á la menor insinuación del emperador Napoleón. Éste, como consecuencia de aquellas victorias, había anexionado al territorio francés varios estados de Alemania y llevado sus águilas triunfantes á las orillas del Rin, Danubio y Tajo, ondeando, por consiguiente, el águila napoleónica en Berlín, Viena y Lisboa. Expuesta la situación de Europa tal como era á fines de 1807, si no hubiera sido por el heroísmo de la nación española, que sin tener en cuenta que los medios de que podía disponer para la guerra contra el coloso no tenían comparación con los de éste, infinitamente superiores, díganos los escritores ingleses: ¿qué hubiera sido de su nación y de las demás de Europa si España, más débil que Rusia, Austria y Prusia, se hubiese dejado sojuzgar

como éstas en el primer combate empeñado con el enemigo de su independencia? España, levantándose como un solo hombre contra el conquistador Napoleón, hizo revivir una lucha apaciguada ya en Europa, á excepción hecha de Inglaterra, que, merced á su potente marina y á su situación geográfica, permanecía aún inaccesible á los franceses. A España, pues, es deudora Inglaterra y la Europa entera de su triunfo sobre el más famoso capitán moderno;» en apoyo de lo cual cita el autor las proféticas palabras de Pitt de que tiene conocimiento el lector por haberlas trascrito en el libro I de esta obra.

II

El Sr. D. Antonio Ferrer del Río dedica á su vez á nuestra gran epopeya nacional las siguientes líneas, que resumen perfectamente el aspecto general de la guerra:

«Memorable será hasta la consumación de los siglos la gran jornada del Dos de Mayo, en que el desbandado paisanaje desafió heroicamente á los aguerridos y veteranos domadores de Europa; jornada en que subieron á las regiones de la inmortalidad á costa de su sangre D. Luis Daoíz y D. Pedro Velarde, que simbolizan históricamente á las primeras víctimas de la independencia española; víctimas sacrificadas, después del combate, en el Prado y en la montaña del Príncipe Pío y otros puntos con arca-buceamientos inhumanos.

»Llegada á Bayona la noticia de este arranque patriótico del pueblo madrileño, Napoleón se quitó la máscara del todo, y no en ademán de soberano prepotente, sino á guisa de vulgar jugador de manos, se apresuró á escamotear la corona de España, obligando á Fernando á que se la devolviera á su padre, á éste á que la transmitiera á su persona, y regalándola por sí á su hermano José Bonaparte, que ya en Nápoles se ceñía otra. No siendo expeditas á la sazón las comunicaciones, aun mueven más á pasmo la celeridad con que se cruzaron por todos los ámbitos de la nación indignada las noticias del heroísmo de los hijos de Madrid y de la vileza del emperador de los franceses y la prontitud con que todas las provincias españolas se alzaron como un solo hombre al santo grito de independencia, formando uniformemente juntas, compuestas de personas de viso y de arraigo, para arbitrar recursos y

regir el patriótico y violento impulso de las muchedumbres y oponer fuerzas respetables á las legiones invasoras. Prestamente comenzó la lucha: ninguna importancia tuvo la farsa de las Cortes de Bayona, á donde fueron unos cuantos españoles débiles ó á impulsos de malos consejos, y menos la Constitución allí otorgada y el reconocimiento vano de José Bonaparte, pues todo el interés se concentraba en el espectáculo de todo un pueblo enardecido y puesto en armas y resueltísimo á morir ó vencer en sangrientas lides contra los que habían abusado traidoramente de su proverbial hidalguía y de su noble confianza. Si los castellanos viejos sufrían sin caer de ánimo la doble derrota de Cabezón y de Rioseco, á la par los catalanes en las angosturas del Bruch alcanzaban el primer triunfo y Valencia rechazaba á Suchet de sus muros y Zaragoza daba nobles muestras del férreo tesón de sus hijos. Cuatro meses cabales hacía de la renuncia de Carlos IV por salvar á su valido la existencia, cuando en los campos de Bailén tuvo gloriosísimo término la primera campaña, con la rendición de más de 20,000 franceses, llevados por el general Dupont á posesionarse de Andalucía, y vencidos por un ejército allegadizo y entusiasta á las órdenes del popularísimo D. Francisco Javier Castaños.

»Apenas había llegado el rey intruso á la corte, se hubo de alejar muy de prisa cuando supo el desastre de sus soldados, noticia que circuló rápidamente por todas partes, excitando la admiración de las naciones y demostrándoles que las huestes de Napoleón distaban mucho de ser invencibles y que no hay poder humano capaz de aherrojar á pueblos abominadores de extranjera coyunda. Tal quedaron aquí los asuntos del tirano de Europa, que se creyó en el deber perentorio de venir personalmente á mejorar su aspecto para saciar la ambición predominadora á todo trance. Afortunadamente se logró bastante respiro, y aprovechóse en la formación de una Suprema Junta central de España é Indias, á propuesta del ya octogenario conde de Floridablanca, su dignísimo presidente, donde concurrieron preclaros varones, entre los cuales hizo punta don Gaspar Melchor de Jovellanos. En el palacio de Aranjuez fué su instalación por el mes de octubre. Todas las Juntas habían publicado alocuciones ó proclamas en el sentido unisono de introducir políticas reformas, que imposibilitaran la reproducción

de males afrentosos como los que habían sufrido los españoles durante la interminable serie de veinte años. No había de desnaturalizar la Junta central el anhelo bien pronunciado de todos. Así, en su seno se habló de Cortes, echando por tal manera la gran semilla que más adelante produjo sus frutos. No pudo aquella corporación nacional proseguir en Aranjuez de asiento, pues Napoleón avanzaba por Burgos y Somosierra sobre la corte, y la batalla de Tudela nos fué terriblemente contraria. De resultas marchóse á Sevilla, donde su esclarecido presidente bajó al sepulcro, tan agobiado por la edad y los achaques como por las desventuras de la patria, aunque sin desconfiar nunca de que había de salir triunfante.

»No abrió sus puertas á Napoleón el pueblo heroico del Dos de Mayo, antes bien con su defensa temeraria patentizó al mundo su animadversión al yugo extranjero y su amor á la independencia nativa. De todos modos, ninguna influencia tuvo en el sesgo general de las cosas que Napoleón dejase instalado otra vez á su hermano en la corte. Sin descanso prosiguió la guerra: nada importaba á los españoles perder batallas como las de Medellín y de Ocaña; donde quiera pululaban guerrillas que hostigaban á los contrarios y les sorprendían al revolver de cualquier monte y les arrebatában convoyes, desbandándose á caso pensado y volviéndose á reunir á corta distancia y engrosándose de continuo. Así los acosaron sin reposo y año tras año, Mina en Navarra, *el Empecinado* en Castilla la Nueva, el cura Merino en la otra Castilla, Villacampa en Aragón, D. Julián Sánchez en Salamanca, Palarea en Toledo, Longa en las provincias Vascongadas, Manso en Cataluña, y muchos más en otros puntos, formando como una red vastísima de hostilidades y enredando cotidianamente á los enemigos en sus mallas, cuando no iban en cuerpo de ejército á las operaciones. Plazas de infimo orden ó ciudades abiertas resistieron días y días el empuje belicoso de ejércitos acostumbrados á cantar victoria desde que se desplegaban en batalla sobre todos los campos; inmarcesibles laureles ganaron para sí é hicieron ganar al ejército y al pueblo con heroica bizzarria, Palafox en Zaragoza, Álvarez de Castro en Gerona, Santocildes en Astorga, Herrasti en Ciudad-Rodrigo, Copons y Navia en Tarifa, Menacho en Badajoz y Contreras en Tarragona, donde sólo pudieron los

franceses penetrar por asalto y á fuerza de sangre.

»Á vista de tan inquebrantable constancia no vacilaron en hacer aquí pie los ingleses para combatir á su capital enemigo. Wellington capitaneó á los aliados; sobre los campos de Talavera dió la señal de la victoria; fuerte se hizo hábilmente dentro de Portugal en las famosas líneas de Torres-Vedras, y desde allí, con lento y estudiado avance y venciendo siempre con las banderas española, británica y portuguesa unidas, pasó por los campos de Fuentes de Oñoro, de los Arapiles y de Vitoria, y antes que ningún otro ejército de la coaligada Europa operó triunfalmente dentro de Francia. Y, entretanto, desde el 24 de septiembre de 1810 funcionaban las Cortes generales y extraordinarias, al principio en la isla de León, y dentro de Cádiz poco más adelante, sin miedo á las bombas que los cañones del mariscal Victor vomitaban contra los muros. Sus tareas comenzaron gallardamente, proclamando la soberanía nacional y la libertad de imprenta. Luego sobre las bases de la unidad católica y del trono de Fernando establecieron la Constitución política de la monarquía española, que empezó á regir á los cuatro años justos del nuevo reinado; y abolieron los señoríos ominosos y la Inquisición execrable, é iniciaron otras saludabilísimas reformas. Acatadas fueron las Cortes y la Regencia de un cabo á otro de España; su autoridad mantuvo el espíritu público y dió unidad vigorosa á la lucha, sin asomos de transigencia, haciendo siempre de la independencia punto de

honra y acreditando más amor á la libertad que á la vida. Muchos volúmenes se pudieran llenar con las felicitaciones que llegaron de todas partes á aquellas célebres Cortes donde compitieron admirablemente eclesiásticos y seglares en ilustración y patriotismo, y donde ya brillaron hombres como D. Diego Muñoz Torrero, D. Agustín Argüelles, D. José María Calatrava, el conde de Toreno y otros dignísimos iniciadores del liberalismo en España. A principios del año de 1814 se trasladó á Madrid la Regencia y se instalaron las Cortes ordinarias de seguida, comenzando ya á hacer figura D. Francisco Martínez de la Rosa. Por entonces ya pisaban el territorio de Francia los ejércitos de los soberanos coaligados de Europa, que iban á tomar supremo desquite de sus desastres en Marengo, Austerlitz y Jena y muchos más campos de batalla. Alternativas de paz y de guerra habían tenido con Napoleón victorioso las naciones austriaca, rusa y prusiana, regidas por sus príncipes y todo: solamente la nación española, abandonada á sí misma y haciendo cuestión de vida ó muerte su independencia, se mantuvo inquebrantable, sin soltar un momento las armas hasta conseguir que los extranjeros desaparecieran ahuyentados de su territorio.»

Tócanos volver ahora la hoja y, después de contar las hazañas y grandezas de un pueblo generoso y noble, pintar las torpezas y vergüenzas con que dió principio á su reinado el fatidico rey Fernando VII.





LIBRO OCTAVO

LA VUELTA DEL DESEADO

CAPÍTULO PRIMERO

De Valencey á Valencia

I

No salió poco escamado ni menos furioso de Madrid el Sr. D. José Miguel de Carvajal, duque de San Carlos, después de la honrosa comisión que le confiara el augusto huésped de Valencey.

La negativa de la Regencia á ratificar el tratado concluído entre el Sr. Carvajal y el Sr. Dubois puso á D. Fernando en grande aprieto, temeroso de que Napoleón dejara de continuar en sus propósitos de soltarle.

El bueno del duque corrió á París á ver si podía dar con su imperial majestad, pero Napoleón tenía otras cosas algo más importantes en qué pensar que no en recibir al duque de San Carlos.

Buscóle por todas partes sin que en ninguna pudiera dar con él, cosa que nada tenía de particular, atendido á que Bonaparte mudaba de lugar á cada paso, según lo exigía la guerra que llevaba entonces, «andando siempre por caminos y veredas y, como quien dice, á campo traviesa.»

El emperador, apuradísimo y necesitado de los soldados que tenían Suchet y Soult, apresuróse en consecuencia, y sin necesidad de tener que valerse

de nadie, á dar orden de que se pusiese en libertad al detenido príncipe, sin esperar á saber qué respuesta había dado la Regencia.

Creía Napoleón que en el mero hecho de regresar Fernando á España todo estaría concluído ya, en lo cual se engañaba, como se había engañado en otras cosas.

Véase sino como continuó la guerra, á pesar de la presencia del Deseado en su tierra natal.

Fernando pisó el suelo de España el 22 de marzo, y el armisticio entre Wellington y los duques de Dalmacia y de la Albufera no se concluyó hasta el 18 y 19 de abril.

No se trataba ya de restablecer á Fernando en su trono, sino de derribar á Napoleón.

Lo cual no era lo mismo.

II

El viaje desde Valencey á la frontera presentó varias particularidades dignas de ser referidas.

La salida no se verificó hasta el día 13 de marzo, á pesar de haberse recibido los pasaportes el día 7

con indecible júbilo de S. M. y de SS. AA., así como de cuantos debían regresar á España.

El rey mandó al general Zayas que le precediese en el camino, á cuyo efecto salió el 10 con una carta para la regencia y orden de que se preparase lo necesario para el recibimiento de S. M. en los pueblos del tránsito.

El 16 llegó aquel digno militar á Gerona, donde estaba el cuartel general del 1.^o ejército. Ya dijimos como Suchet se había retirado á Figueras.

Desde Gerona partió Zayas para Madrid, acompañado de un oficial de estado mayor.

La carta que entregó á la Regencia decía, entre otras cosas: «En cuanto al restablecimiento de las Cortes, de que me habla la Regencia, como todo lo que pueda haberse hecho durante mi ausencia que sea útil al reino, merecerá mi aprobación, como conforme á mis reales intenciones.»

No hay para qué decir lo bien acogido que fué Zayas en Madrid, tanto por las simpatías que inspiraba su nombre y el aplauso que siempre habían merecido sus hechos como por ser portador de tan grata misiva.

La carta que Zayas había traído era, en efecto, muy distinta de cuantas se habían recibido hasta entonces, en las cuales no se hablaba nunca de Cortes, guardando todas una marcada extrañeza y estudiado desvío.

Las Cortes dieron, en consecuencia, un decreto atestiguando la satisfacción y aprecio que las mismas hacían con tan fausto motivo del general don José Zayas.

III

D. Fernando VII y los infantes D. Antonio y D. Carlos salieron de Valencey con rumbo á Perpiñán, pasando por Tolosa.

Tal era el itinerario que Napoleón había dispuesto al objeto de que el rey de España no pudiera toparse con los ingleses.

Suchet salió de Figueras para aguardar al rey en Perpiñán, á cuya ciudad llegó éste el día de San José.

Fernando VII recibió con la mayor distinción al expresado general, dándole gracias por el modo cómo se había portado en las provincias donde había hecho la guerra.

Indudablemente al rey Fernando le habían enterado bastante malamente del modo cómo hacía la guerra el hombre de Tarragona y de Murviedro. No sabría tampoco que en el trayecto de Segorbe á Teruel mandó arcabucear á 200 prisioneros rezagados.

El rey Fernando había dispuesto que las postas salieran en seguida de Perpiñán y siguieran sin detenerse hasta Valencia, pero el duque de la Albufera, olvidado de los cumplidos de que había sido objeto, se opuso á ello por de pronto y no con las mejores formas.

—Mis instrucciones son de que V. M. se dirija desde Perpiñán á Barcelona, donde está el general Habert con 8,000 hombres, y quede allí en rehenes hasta que se realice la vuelta á Francia de las guarniciones bloqueadas en el Principado y en el reino de Valencia.

Protestó el rey de semejante medida, tan odiosa como inútil, y no quería ceder Suchet, hasta que al fin convínose en pedir nuevas instrucciones al gobierno para ver qué es lo que se hacía, quedando entre tanto en prendas en Perpiñán el infante don Carlos María Isidro.

IV

El 22 de marzo de 1814 el rey pisó de nuevo la tierra de España, debiendo detenerse en Figueras á causa de una fuerte avenida que había experimentado el Fluviá.

Iba con él el mariscal Suchet, el cual suplicó á S. M. tratase de suavizar la suerte de los prisioneros y viese de que pudieran volver cuanto antes á Francia las guarniciones bloqueadas.

Dícese si también S. M. ofreció entonces á dicho mariscal que le conservaría la propiedad de la Albufera de Valencia, que Napoleón le había donado en premio á la conquista de dicha ciudad.

Ello es que no sabemos cómo se las ha compuesto el Sr. de Suchet para pasar á la historia como un tipo de hombre muy dulce y muy humano. Eso es una verdadera impostura: aquel hombre fué uno de los más sanguinarios que asolaron el suelo español. Todo francés imparcial debe condenar las vergüenzas de Tarragona, y así lo ha hecho M. Emilio Montegut, que en un artículo publicado hace años en la *Revista de ambos mundos*, cita aquellos bárbaros

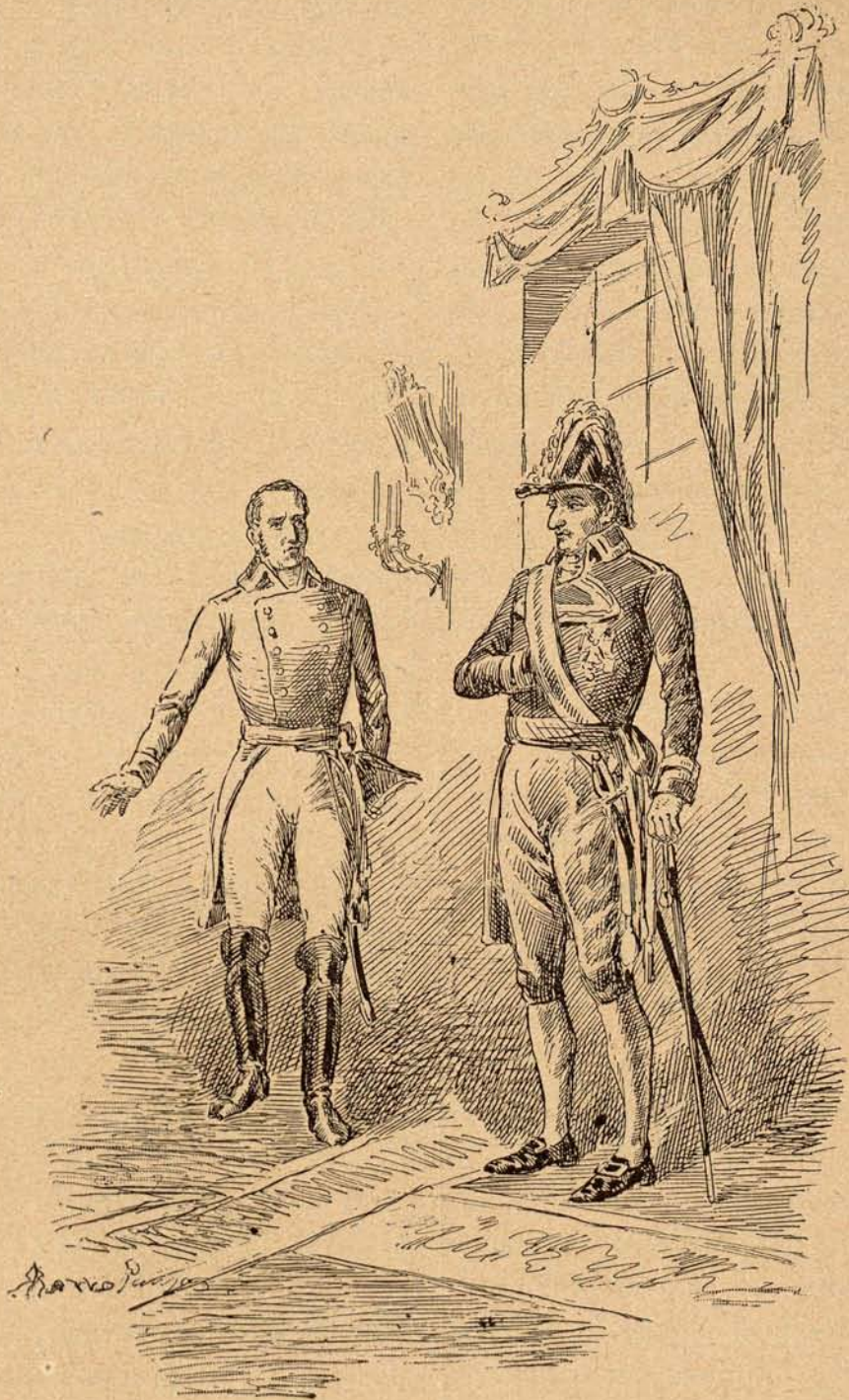
asesinatos como un oprobio para la fama de los que los cometieron.

Si es verdad que Fernando VII prometió conservar el título y las propiedades de la Albufera, no hay más remedio que suponer que ignoraba por completo los altos hechos y gestas del susodicho general, cuya fama es tan cruel que ha quedado co-

mo proverbial entre el pueblo de la antigua metrópoli tarraconense.

V

En cumplimiento de lo dispuesto por la Regencia, el general en jefe que debía recibir al rey era don



—Señor,—contestó Copons,—lo que V. M. me propone es imposible...

Francisco de Copons y Navia, por ser Cataluña la provincia en que ejercía jurisdicción aquel dignísimo caudillo, ilustrado en la defensa de Tarifa y en las operaciones últimamente verificadas en el principado catalán.

Avisado Copons de que el rey se venía acercando á la raya, trasladó el 21 su cuartel general desde

Gerona á Básacara, colocando sus tropas el 24, al salir el sol, á la derecha del Fluviá.

Lo mismo hicieron con las suyas los jefes franceses de la orilla opuesta, formando unas y otras vistoso anfiteatro.

Oyéronse en seguida y alternativamente en ambos campos salvas y músicas que retumbaban por

el valle, y no tardaron en acudir, al oír el ruido y algazara de los soldados, bandadas de paisanos procedentes de las comarcas vecinas.

Extraño espectáculo, por cierto, ver regresar á un rey á quien nadie había hecho prisionero, sino que había ido él mismo á entregarse imbécilmente en manos de su enemigo.

Napoleón obró con gran deslealtad, con asquerosa mala fe, pero en cambio Fernando VII se dejó coger de una manera incomprensible.

Así es que á aquel acto, por más que fuese muy pintoresco, le faltaba grandeza.

No se trataba de la vuelta de un rey arrebatado de entre los suyos en medio de un sangriento combate, como Francisco I después de Pavía, sino de la víctima de un abuso de confianza.

Al poner Fernando VII el pie en la orilla derecha del Fluviá, límite entonces de ambos ejércitos, adelantóse Copons y, doblando la rodilla en tierra, ofreció al rey sus respetos, pronunciando un breve y gratulatorio discurso y entregando á S. M. un pliego sellado y lacrado que le había sido remitido por la Regencia del reino.

Revistó en seguida S. M. las tropas, acompañado del infante D. Antonio, las cuales desfilaron en columna de honor, «aclamando los soldados unánimemente al rey,—dice el conde de Toreno,—con vivas de efusión verdadera, no prorumpidos en virtud de mandato anterior y expreso.»

VI

Entraron todos el mismo día en Gerona, «cuyos adornos y colgaduras eran ruinas y escombros y su alfombrado arreboles aún y salpicaduras de la sangre que durante el sitio había corrido en abundancia y arroyado sus calles. Espectáculo sublime, si bien triste, cuya vista debió conmover al monarca y excitarle á meditación profunda, destinada á labrar la felicidad de un pueblo que al defender los propios hogares había sustentado también y confundido con los suyos los intereses de la corona.

En esto, Suchet puso en libertad á D. Carlos, que entró en Gerona el día 26.

D. Fernando manifestó entonces á Copons que era preciso que se dejaran volver libres á Francia las guarniciones de las plazas bloqueadas por los españoles.

—Señor,—contestó Copons,—lo que V. M. me propone es imposible: no me es lícito separarme de los decretos de las Cortes, terminantes en la materia, que prohíben tratar con el francés en tanto no sea de conformidad con los aliados.

Mordióse el rey los labios y repuso:

—Bien está.

—Señor,—repuso Copons,—considere V. M. que al dictar semejante decreto tuvo en cuenta la Regencia la posibilidad de que esas tropas, veteranas y muy aguerridas, fuesen á engrosar las filas del emperador, contra cuyas tropas están las de V. M. peleando quizás á estas horas, en unión con los ejércitos anglo-portugueses.

El rey pareció no prestar oído á lo que había manifestado el caballeroso general en jefe del primer ejército, y al quedar solo escribió esta carta á la Regencia, toda de su puño y letra: «Acabo de llegar á ésta perfectamente bueno, gracias á Dios, y el general Copons me ha entregado al instante la carta de la Regencia y documentos que la acompañan: me enteraré de todo, asegurando á la Regencia que nada ocupa tanto mi corazón como darle pruebas de mi satisfacción y mi anhelo por hacer cuanto pueda conducir al bien de mis vasallos. Es para mí de mucho consuelo verme ya en mi territorio en medio de una nación y de un ejército que me ha acreditado una fidelidad tan constante como generosa.»

Otra vez volvía á encerrarse el rey en su sistema de siniestra reserva.

VII

Los palaciegos y alguien procedente de Madrid enteraron á Fernando VII de lo que había ocurrido recientemente en las Cortes.

Relativamente á los presupuestos, dice Toreno: «Poco discrepaban los trabajos presentados ahora en ambos ramos (gastos é ingresos) de los que acerca de lo mismo examinaron las Cortes extraordinarias y ordinarias de septiembre y octubre anterior, causando sólo enfado la diferencia que se advertía entre la fuerza armada real y disponible y la total que se pagaba; diferencia muy notable, en verdad, nacida de la muchedumbre de comisionados y asistentes que se han consentido siempre en nuestro ejército y de otros abusos de la administración mi-

litar, roedora lepra, honda y muy añeja, de difícil y vigorosa cura, pero á la que se ha de aplicar tarde ó temprano remedio eficaz y vigoroso si se quiere en España orden y economía prudente en la inversión de los caudales públicos.»

Las Cortes habian hecho varias economías á la española en las plantillas de los ministerios;

Un reglamento para la milicia nacional, en la cual debían servir todos los ciudadanos de 20 á 25 años, con pocas excepciones;

Fijar en 40 millones de reales la dotación de la casa real, con la posesión de los palacios, bosques, dehesas y terrenos que hubiesen disfrutado los predecesores de Fernando VII;

Asignar á los infantes D. Antonio y D. Carlos 150,000 ducados á cada uno, olvidándose del todo de los reyes padres y del infante D. Francisco, que estaba con ellos;

Y, finalmente, perder mucho tiempo en hacer ó echar discursos, como dicen ahora.

Sin embargo, no era nada de esto lo que hacía las delicias de los palaciegos.

Nada más sabroso, en efecto, que la intriga del impostor Audinot.

VIII

Era el caso que un francés llamado Juan Barteau, pensó que podrían ganarse algunos cuartos comprometiendo á los liberales, cuyo noble servicio no podrían, claro está, dejar de recompensar los anti-reformadores.

A este objeto pensó que siendo el *divino Argüelles* el más respetado y elocuente de los constitucionales, sería una gran cosa tratar de inutilizarlo, y, si era posible, deshonorarlo.

Imaginó, pues, que no sería grano de anís figurar que Argüelles y los principales jefes del partido liberal estaban de acuerdo con Napoleón para fundar en la península una república con el título de *República Iberiana* (!), cuya idea se suponía había ido á Bonaparte por Talleyrand.

Esta invención extravagante y ridícula encontró, sin embargo, quien fuese capaz de acogerla, especialmente entre el vulgo de las gentes, propenso siempre á comulgar con ruedas de molino.

Dió lugar, por lo tanto, la delación de Juan Barteau, que mudó su nombre por el de *Luis Audinot*,

á no pocas habillitas, siendo la cuestión de la *República Iberiana* objeto de todas las conversaciones.

Argüelles, cuya honradez y lealtad eran más que acrisoladas, como todo el mundo sabe, hizo una representación á las Cortes pidiendo se le oyese judicialmente en desagravio de su honor ofendido.

Formóse causa, efectivamente, la cual seguía sus trámites á la llegada del rey á Gerona, con gran contentamiento de muchos cortesanos afiliados al partido servil, los cuales esperaban sacar mucho partido de la infame calumnia de Juan Barteau.

Felizmente, éste cantó á tiempo quiénes eran los personajes del partido absolutista que le habian dado á entender forjase aquel enredo.

El pago que de sus cómplices recibió Audinot fué que le metieran en un calabozo para que allí se pudriera.

Desesperado y fuera de sí el impostor, suicidóse en su prisión al cabo de algún tiempo.

Tal fueron las hazañas y el fin del calumniador Juan Barteau, criado de la duquesa vieja de Osuna.

IX

El rey salió de Gerona con dirección á Tarragona, empero, sin pasar por la capital del Principado, ocupada todavía por Habert.

De Tarragona trasladáronse los augustos viajeros á la hoy ciudad de Reus, en donde permanecieron el día 2 de abril.

En dicho punto fué donde empezaron á notarse muchos cabildeos entre el rey y varias personas de su séquito, muchas audiencias reservadas, muchas visitas de personajes públicamente descontentos del orden de cosas existente, recados, cartas, cuchicheos y misteriosos pasos.

Todo estaba preparado para continuar al siguiente día la ruta señalada por la Regencia, esto es, siguiendo por la costa del Mediterráneo hasta Valencia, cuando el ilustre Palafox recibió una exposición de sus paisanos para que en vez de dirigirse á Madrid por Valencia hiciese el rey el viaje por Zaragoza.

El noble caballero, leal y digno en todas ocasiones, creyó del caso deber manifestar al rey los deseos de los zaragozanos, ansiosos de verle y contemplarle de cerca.

Los consejeros de Fernando animáronle á que no

desatendiese la súplica de los hijos de Zaragoza, con lo cual á la vez que conseguía se le tributase una ovación, demostraba á la Regencia su voluntad de no sujetarse por más tiempo á las medidas dictadas por ella, molestas en sumo grado y depresivas á su entender á la majestad real.

Salió, pues, el rey de Reus y en vez de dirigirse á Valencia se encaminó á Zaragoza, tomando por Poble y Lérida y llegando á aquella inmortal ciudad el día 6 de abril, tiempo de Semana Santa en aquel año.

No hay para qué decir el inmenso entusiasmo con que fué recibido Fernando VII, realzado por la presencia de D. José de Palafox, ídolo entonces muy reverenciado y querido de sus habitantes. Tanto entusiasmo, tanto fanatismo, tan frenéticas demostraciones de ardiente adhesión influyeron quizás para que Fernando VII creyese que lo mejor era mandar á su antojo, sin Cortes que menoscabasen su poder absoluto. El aplauso popular obró como eficaz aguijón para que el rey saliese de dudas y tomase un partido decisivo.

El rey salió de Zaragoza infinitamente complacido del entusiástico recibimiento que se le había hecho, y llegó el día 11 á Daroca, donde ocurrieron sucesos importantes.

X

Todos los que iban á la rastra de S. M. desvivíanse porque se decidiese cuanto antes acerca de la conducta política que debía seguir en lo sucesivo.

A este objeto celebróse una junta la noche misma de haber llegado la corte á Daroca.

Por la tarde había llegado el tío Pedro, *id est*, el conde de Montijo, que asistió, como es de suponer, á la reunión, compuesta de los duques del Infantado y San Carlos, Palafox y el mentado Montijo.

Todos, menos el ilustre Palafox, fueron de parecer no jurase el rey la Constitución.

En esto entraron Osuna y el duque de Frías; éste opinó que el rey debía jurar, introduciendo después en el Código fundamental las alteraciones que creyese convenientes. Osuna no dijo nada, ni que sí, ni que no.

Finalmente, levantóse la sesión sin haberse acordado nada.

Es decir, si se acordó algo, pero á cencerros ta-

pados, y fué que el tío Pedro marchase á Madrid corriendo á disponer los ánimos del pueblo á favor del rey neto, ó más bien á pervertirlos, en lo que era gran maestro aquel conde,—dice el de Toreno,—muy ligado siempre con gente pendenciera y bullíciosa.

XI

La entrada en la siempre liberal y heroica ciudad de Teruel fué de distinto carácter que la de Zaragoza.

Allí toda la gente puso especial cuidado en que figurasen entre las percalinas y farolillos muchos letreros alegóricos al caso, «que S. M. leyó atentamente y aun aplaudió, amaestrado desde la niñez en la escuela del disimulo,» dice el historiador antes citado.

Para que los cortesanos pudiesen ejercer más á sus anchas sus manejos, separóse allí de la comitiva el bravo y liberal general Copons, que debió volver al territorio de su mando por encontrarse ya fuera de su distrito.

Hasta entonces había sido aquel ilustre guerrero una barrera opuesta á los torcidos planes de la camarilla; su acrisolada lealtad era garantía segura de que nadie se atrevería á atacar la legalidad fundada por las Cortes de Cádiz; fuera él podían los San Carlos y Escoiquices dar rienda suelta á sus perversas inclinaciones.

XII

El día 15 llegaron Fernando VII y D. Carlos á Segorbe, multiplicándose allí las marañas y enredos que comenzaron á notarse en Reus.

Allí acudió el infante D. Antonio procedente de Valencia, acompañado de Macanaz. Buen refuerzo les llegaba al canónigo y al ayo.

Comparecieron también el duque del Infantado y el insoportable D. Pedro Gómez Labrador, verdadero personaje de figurón con infundios de profundo diplomático.

Estos dos grandes hombres de Estado, uno de los cuales había sido causa de la infausta rota de Uclés, Macanaz y el duque de San Carlos, reuniéronse por la noche con Palafox y el duque de Frías para tratar nuevamente de si D. Fernando VII debía jurar

ó no la Constitución. Tarea excusada, supuesto que ya estaba en Madrid el tío Pedro tratando de sacar partido de la manolera para que pudiese triunfar el absolutismo y que Escoiquiz se encontraba en Valencia mangoneando con el mismo intento.

Estaban los cinco próceres muy enfrascados en la discusión, cuando se presentó *inopinadamente* ¡válgame Dios!... se presentó... ¡D. Carlos María Isidro! á ver qué salía de tanto hablar.

D. José de Palafox y el duque de Frías, es decir, las dos personas más respetables de la reunión, repitieron ante el infante las razones que creían justas para que el rey jurase el Código inmortal promulgado por las sabias Cortes de Cádiz.

Osuna se manifestó también inclinado á que su majestad jurase la Constitución, si bien no mostró en ello el ardor que el ilustre defensor de Zaragoza y el digno duque de Frías. Atribuye esto Toreno á estar influido el descendiente del gran Girón «por una dama de quien estaba muy apasionado, la cual, muy hosca entonces contra los liberales, amansó después y cayó en opinión opuesta y muy exagerada.»

El duque del Infantado, prototipo de políticos desidiaos é incapaces y de generales que no daban pie con bola y con esto no poco mujeriego, soltó estas razones:

—Aquí no hay más que tres caminos: jurar, no jurar ó jurar con restricciones. En cuanto á no jurar, participo mucho de los temores del duque de Frías, por cuyo motivo me inclino á creer que tal vez, salvo siempre mejores informes, que tal vez, digo, no sería malo que se tratara de hacer algo, si bien con cierta medida y hasta cierto punto; porque, señores, en fin... Creo que hay que ir con mucho pulso y que lo mejor sería que se hiciese todo de la mejor manera posible, por lo cual ¡quién sabe si acaso no podría el rey jurar, pero de manera que el juramento no menoscabara su real autoridad! Creo, por lo tanto, que lo que conviene es que S. M. haga lo que más le convenga, y quizás lo que más conviene es que se haga hasta cierto punto lo que opina el duque de Frías, si bien con mucho pulso y mucho pulso, porque, en fin, las circunstancias pueden obligar á ladearse á veces...

—¿Qué decís vos, Macanaz?—preguntó Palafox.

—No tengo para qué repetir aquí lo que he dejado manifestado ya á S. M. y á S. A.,—replicó seca-

mente el futuro ministro.—Su majestad y su alteza están enterados ya de mi modo de pensar en el asunto.

—¿Qué dice el duque de San Carlos?—preguntó á su vez el de Frías.

—Tampoco tengo que dar cuenta aquí de mis opiniones,—replicó Carvajal,—porque las he manifestado ya á S. M. y á su alteza.

XIII

Saltó en esto D. Pedro Gómez Labrador, hecho un basilisco, encendidos los ojos, crispados los puños, erizada la melena, pálido, lívido, epiléptico, y pegando un gran puñetazo en la mesa y soltando un ajo redondo como una bala de cañón, estalló largando el siguiente metrallazo:

—¡Qué! ¡Cómo! ¡Qué es esto! ¿Qué acabo de oír? ¿Jurar? ¿Jurar el rey? ¿Jurar la Constitución? ¡Oh maldad! ¡Oh perversidad! ¡Oh feroz propósito! ¡Nunca, nunca, nunca! ¡Jamás, jamás, jamás, jamás, jamás! ¡Jurar! ¡Oh sacrilego pensamiento! ¡Oh ofensa mortal á la dignidad del trono! ¡Oh infernal, diabólica, pestilencial idea! ¿Qué es eso de Constitución? ¿Qué es eso de libertad? Cosas de cuatro pillos, de cuatro perdidos, sí, de cuatro perdidos.

Enjugóse Labrador el sudor que bañaba su frente, pasóse el pañuelo por el cogote y, echando á Palafox una mirada archirridículamente amenazadora, continuó diciendo:

—Jamás debe jurar el rey: no puede, no debe, no conviene. ¡Ah! ¡Humillarse ante los liberalotes, ante los *libertetes*, ante, digámoslo claro, señores, ante los francmasones! Porque eso, eso es lo que hay: los francmasones, que fueron los que cortaron la cabeza á S. M. el rey D. Luis XVI y á su excelente esposa. ¡Los liberales! ¡Palabra, señores, que me revienta!

Labrador dió otro puñetazo en la mesa derribando un candelabro, que D. Pedro miró caer en tierra como si hubiera sido un liberal.

No dió poco que hacer el tal candelabro, cuyos cirios se rompieron y apagaron, rociando de cera los calzones de Macanaz y de San Carlos y chamuscando la casaca del duque del Infantado.

—Los liberales no merecen más que palo, palo y palo,—continuó diciendo D. Pedro Gómez.—Hay que meterlos en un puño (si la frase no fué ésta debió

ser algo parecida). Sí: para los liberales ¡exterminio, exterminio y exterminio!

Labrador tosió y volvió á la carga.

—¡Me gustan esas ideas de democratismo! ¿Es decir que el rey no puede hacer lo que le dé la real gana, como si para eso no hubiese criado Dios á los reyes? ¡A qué tiempos hemos llegado, señores! ¡Desconocer el derecho del rey á las vidas y haciendas de sus vasallos, á ser obedecido ciegamente, á poder mandar todo cuanto le acomode! ¡Bárbaros, infames jacobinos! Yo les mandaría á todos á la horca, porque nada hay que me horrorice tanto como la guillotina.

Gómez no ocultó la satisfacción que le producía ver las señales de asentimiento que hacia D. Carlos con la cabeza. Esto le alentó para continuar... rebuznando.

—¡Garrotazo y tente tieso! He ahí el gran sistema. Al pueblo pan y palo, y mejor todavía palo seco. ¡Miserables insectos! ¡Viles escarabajitos! ¡Innobles siervos que se figuran que son algo! Pues ¡qué! ¿Acaso un grosero patán, un menestralillo, un artesanillo, un rústico labrador, un pelele cualquiera, son algo, representan algo? Escóndanse todos para siempre siete estadios bajo tierra donde estamos nosotros.

—Tiene mucha razón Labrador,—dijo D. Carlos al oído de Macanaz.

—Y esos pobretones, esos villanos, esa canalla, esa gentuza, esa chusma, ¿venirnos ahora con que jure el rey? Pero ¿están locos? ¿De dónde han sacado eso? ¡Jurar el Sr. D. Fernando VII esa infame Constitución, aborto del infierno, vomitada por la hidra revolucionaria! ¡Esa Constitución abominable, inventada por los malvados francmasones de la isla gaditana! ¡Oh! ¡Qué castigo no merecen los que tal atentado osan meditar! ¡A presidio, á la horca el cardenalito, á la horca Agar, á la horca Ciscar! ¡Mueran quemados, asados y descuartizados Muñoz

Torrero, Cuartero y Cepero, Argüelles, ese monstruo del averno, y toda esa chusma liberalesca de Toreno, Martínez de la Rosa, Isturiz y demás satánicos satélites de los jacobinos! Termino, por consiguiente, manifestando que yo creo, que yo sostengo, que yo afirmo, que yo voto porque el rey mande ahorcar al primero que le hable de jurar la Constitución; que ahorque en seguida á todos los diputados reformadores, que mande á presidio á todos los liberales, que se ponga una inquisición en cada calle y que se establezca francamente el sistema despótico tal como lo practican el Gran Señor y el Gran Kan de Tartaria. Sí: gritemos todos lo que el señor conde de Montijo está encargado de hacer que griten los chisperos: ¡Vivan las cadenas! ¡Muera la nación!

El discurso de D. Pedro Gómez Labrador (que tan brillante papel representó un año después en el Congreso de Viena) mereció los más calurosos elogios de D. Carlos, Macanaz y San Carlos. Osuna le miraba asombrado, Infantado se había dormido y Palafox y Frías le contemplaban más bien con lástima que con ira.

—¿Quedamos, pues, en 'que...?—supo decir don Carlos.

—Señor,—replicó Palafox,—creo que aún no hemos quedado en nada.

Palafox sentía traspasado su corazón de dolor al ver el sesgo que tomaban las cosas.

La corte salió de Segorbe para Valencia, á donde llegó el 16 de abril.

Durante el camino menudearon mensajes y recados procedentes de aquella ciudad, convertida en foco principal de los manejos de los serviles.

Allí iba á decidirse la ulterior conducta del rey, claramente expresada ya para todos los que no estaban cegados por el optimismo.

¡Quién sabe si de entonces datan todas las sucesivas desgracias de esta nación desventurada!